



IMÁGENES DE DIOS

Sobre el símbolo en la teología y el anuncio de la experiencia

TRABAJO DE GRADO

**DIEGO ANDRÉS CRISTANCHO SOLANO
ESTUDIANTE**

**OLVANI FERNANDO SÁNCHEZ HERNÁNDEZ
DIRECTOR**

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE TEOLOGÍA
CARRERA DE TEOLOGÍA
BOGOTÁ, D.C. – COLOMBIA
2015**

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	2
1. LA FUERZA DE LO SIMBÓLICO EN LA COMPRENSIÓN	7
Y EL ANUNCIO DE LA EXPERIENCIA	7
1.1 Noción y funciones del símbolo	8
1.2 Importancia del símbolo en la configuración de las culturas y las sociedades	13
1.3 Símbolo y religión	15
1.4 Símbolo y teología	18
2. IMÁGENES DE DIOS RECURRENTE EN NUESTRA SOCIEDAD,	24
SU IMPACTO Y CARÁCTER CRISTIANO	24
2.1 La imagen de Padre nos determina	25
2.2 El Dios Todopoderoso	26
2.3 El Dios Manipulador	28
2.4 El Dios de los sacrificios	30
2.5 El Dios Autoritario y Moralista	31
2.6 El Dios Externo	33
2.7 El Dios Individualista	35
2.8 El Dios Violento	37
2.9 Necesidad de sanar las imágenes de Dios	39
3. LA IMAGEN DE DIOS QUE DESCUBRIMOS EN JESÚS	41
3.1 Necesidad de una crítica cristiana de las imágenes de Dios presentes en la cristiandad	42
3.2 Jesús imagen de Dios invisible	45
3.3 Jesús frente a las imágenes recurrentes de Dios	52
3.4 ¿Cómo presentar al Dios que nos muestra Jesús?	58
A MANERA DE CONCLUSIÓN	62
BIBLIOGRAFÍA	66

INTRODUCCIÓN

Como fruto de lo percibido y recibido de los ambientes familiar, social, religioso, cultural y académico a lo largo de la vida, así como de la experiencia pastoral en el acompañamiento de los ejercicios espirituales a diversos tipos de personas en la universidad, me ha surgido el interés por tratar de evidenciar las distorsiones, desviaciones, ocultamientos o negaciones de las imágenes de Dios que se han impuesto o se han aceptado como verdaderas entre las personas. De igual forma, he sentido la necesidad de presentar una imagen de Dios acorde a lo que él ha revelado de sí mismo; una imagen que le permita al creyente no sólo la comprensión de la experiencia de la divinidad, sino la interpretación y comunicación de la misma, de modo que otros también puedan tenerla.

En este sentido, nuestra preocupación no tiene que ver sólo con un asunto meramente teórico, sino que se trata de un asunto existencial relacionado con la experiencia que cada persona tiene de la divinidad. Creemos que no es un problema exclusivamente teórico, puesto que a la hora de dar razón de una experiencia con la Trascendencia, el lenguaje conceptual y teórico nos resulta insuficiente. Por ello, es necesario recurrir a otro tipo de lenguaje que no limite dicha experiencia, sino que de paso a la imaginación, la intuición, la sugestión, de manera que no se pierda su potencial expresivo. Con base en lo anterior, es que nos hemos propuesto desarrollar el presente trabajo.

¿Cómo presentar a Jesús, imagen visible de Dios, ante una sociedad actual en la que subyacen y son recurrentes otras imágenes de Dios que no favorecen la comprensión de lo vivido y el anuncio de la experiencia? Esta es la pregunta que me ha acompañado en el último tiempo respecto de este tema, y que además, me ha inclinado a pensar que, para lograr dar un paso adelante, no sólo es necesario cambiar las imágenes que hasta el momento se han reproducido, sino cambiar incluso el lenguaje que hemos venido utilizando.

Por lo demás, al preguntar por las imágenes de Dios, la mayoría de las personas no da cuenta de una experiencia personal, sino que hablan de una imagen que han recibido como transmisión de conocimiento y autoridad, es decir, como una verdad que hay que aceptar. En otras palabras, la imagen que tienen no ha nacido de la experiencia propia de Dios, sino de interpretaciones que han realizado otros y que se han asumido casi sin ninguna reflexión. Esto va en contradicción con una comprensión histórica de la revelación en la que Dios se va mostrando a través de su acción en el mundo.

Nuestra preocupación en la actualidad es válida porque se sigue dando mayor importancia y credibilidad a la racionalidad científica y técnica dejando de lado a la racionalidad mítica y simbólica. Si privilegiamos la racionalidad científico-técnica, le quitamos a la teología la posibilidad de permitirle a aquella persona que tenga la vivencia, no sólo su comprensión, sino la posibilidad de que la pueda anunciar y transmitir de manera autoimplicativa. Asimismo, le quitamos al oyente la oportunidad de escuchar un lenguaje que lo vincule, que pueda entender y sentirse invitado a tener su propia experiencia.

Ahora bien, tanto la racionalidad científica como la técnica, al igual que la religión, se ha utilizado muchas veces para dominar y someter a otros, en lugar de haber servido como herramientas que permitieran la realización humana. A partir de ellas se ha presentado a un Dios que parece estar de acuerdo con el orden establecido, con la división de clases sociales y la observancia de las leyes naturales y civiles. Incluso, se han utilizado conceptos importantes dentro del cristianismo (humildad, obediencia, paciencia, pobreza, renuncia, amor sin condiciones, servicio, entre otros) para justificar dicho orden.

Con el ánimo de justificar sus prácticas y comportamientos, muchas de las personas que se encuentran en la parte superior de la pirámide social, se han hecho una imagen de Dios que en apariencia parece corresponder con el Dios cristiano. Sin embargo, al examinar un poco más allá lo que aparece a primera vista, se descubren rostros que no quieren la liberación y la salida de las víctimas de sus realidades de dolor. Son rostros que siguen reproduciendo resignación y la aceptación falsa de lo sucedido.

Sumado a esto, sabemos que hablar de Dios nunca ha sido fácil, máxime si aceptamos que Él es el innumerable, el inabarcable, el absoluto. Prácticamente es imposible que nosotros, seres humanos finitos y limitados, podamos llegar a decir una palabra acerca de una realidad que nos sobrepasa. Más difícil aún es la cuestión de presentarlo y decir cómo es, si no hemos superado el primer paso. Sin embargo, creo que es posible para los seres humanos, y no sólo posible sino necesario, intentar expresar, dar razón y describir aquello que al mismo tiempo está presente y ausente, aquello que nos habita y simultáneamente nos excede.

Con base en lo anterior nos hemos propuesto hacer un análisis de la dimensión imaginativa en la comprensión, interpretación y comunicación de la experiencia, apoyándonos en las imágenes de Dios recurrentes en nuestra sociedad y en Jesús como imagen de Dios invisible. Para llevar adelante el objetivo que nos hemos propuesto hicimos el siguiente recorrido.

Iniciamos con una reflexión acerca de la necesidad de recuperar el símbolo para la teología. Recuperarlo no sólo porque también es un instrumento de conocimiento, sino porque nos permite comprender y comunicar mejor la experiencia. Comenzaremos por allí, pues creemos que durante la modernidad, especialmente los siglos XIX y XX, la intensificación del pensamiento racional llegó a tal punto, que no parecía existir otro patrón válido de conocimiento. Sin embargo, en el siglo XXI, han empezado a emerger otro tipo de saberes que, sin negar lo aportado por lo conceptual y teórico, se relacionan más con un conocimiento de carácter sapiencial. A esto dedicaremos el primer capítulo.

Una vez presentado el primer asunto, procederemos a exponer en el segundo capítulo, algunas de las imágenes de Dios que son más recurrentes en nuestra sociedad. Esto, con el fin de hacer notar cómo las personas ya tienen un preconcepto de Dios. De igual forma, mostraremos cómo la imagen de Dios resulta ser un factor importante para la configuración de nuestras vidas y la manera como nos relacionamos a nivel personal y social.

La imagen de Dios no siempre ha sido un elemento que eleve, que potencie o que libere a las personas. Más bien, en torno a su figura se han acumulado no poca cantidad de temores,

miedos, cargas morales, represiones y hasta encogimientos vitales. Con frecuencia, Dios no ha sido la fuerza para desatar nudos, Aquel que hace más ligera la carga de la vida ni la persona que nos pone por encima de las miserias cotidianas.

Finalmente, en la última parte del trabajo, intentaremos presentar una imagen de Dios que ayude al creyente a tener su propia experiencia del Trascendente. Una imagen que les permita a las personas potenciar su relación vivencial con Dios. Para ello, propondremos a Jesús como la imagen visible de Dios y un itinerario de encuentro personal con él, con la intención de dar algunas pistas que permitan cambiar o transformar de alguna manera aquellas imágenes que se han tomado por *verdaderas* y, empezar a dar pasos en la dirección de una praxis cristiana liberadora.

En esta última parte, además, insistiremos en la necesidad de potenciar nuestra capacidad imaginativa sin negar la conceptualidad. Para nosotros esta es una necesidad porque, para comunicar y transmitir la experiencia de Dios, no nos es suficiente utilizar sólo los instrumentos que nos proporciona la razón instrumental o teórica. Esta limitación y preocupación nos ha llevado a potenciar dicha capacidad imaginativa acudiendo a otros elementos que creemos claves: el afecto, el cuidado del lenguaje, la primacía de la praxis y el llamado a la responsabilidad.

El modo de proceder frente a nuestra preocupación e interés por analizar las imágenes de Dios en la vivencia cristiana se constituye por tres momentos. Partimos de una preocupación teológica significativa: darle nuevamente importancia a la racionalidad mítica y simbólica en la experiencia de Dios. Esta preocupación se evidencia en la presentación de aquellas imágenes de la divinidad que no nos permiten crecer a nivel relacional, siendo necesario sanarlas o corregirlas. Para ello, el criterio de análisis que utilizamos es igualmente teológico, es decir, Jesús como imagen de Dios invisible.

Con respecto a los alcances de la perspectiva particular de este trabajo de grado, habrá que decir que no sólo servirá como motivación a seguir explorando otros caminos de reflexión

teológica desde la academia, sino también desde los trabajos de pastoral. Además, es de esperar que esta presentación pueda servir a otros a iniciar una experiencia de encuentro personal con Jesús.

1. LA FUERZA DE LO SIMBÓLICO EN LA COMPRENSIÓN Y EL ANUNCIO DE LA EXPERIENCIA

Durante los siglos XIX y XX hubo una intensificación en la racionalización de todo pensar y de todo el conjunto de la sociedad. Esta dinámica hizo que el ser humano pareciera sucumbir, en algunos momentos, a los diseños hegemónicos de la ciencia y de la técnica. En el siglo XXI, sin embargo, frente a la pretensión de la ciencia como patrón único de validez del conocimiento, emergen otro tipo de saberes que se relacionan más con un conocimiento de carácter sapiencial.¹

El interés de este capítulo estará en mostrar la importancia de recuperar el símbolo, que entre otras cosas también es instrumento de conocimiento, para la teología. Esto lo haremos con el fin de promover la comprensión de lo vivido y, a partir de allí, anunciarlo de tal modo que la otra persona no sólo comprenda, sino que pueda llegar a tener la misma experiencia. Con ello, creemos que la teología podrá recuperar la fuerza autoimplicativa de la comunicación. Una fuerza que estaba en los inicios, pero que parece haber perdido, especialmente en occidente.

Esta tarea la llevaremos adelante en cuatro momentos. En primer lugar, creemos que es importante hacernos a una idea o a una noción del símbolo así como de sus funciones. En segundo lugar, mostraremos la importancia que el símbolo ha tenido y tiene en la configuración de las culturas y de las sociedades. En tercer lugar, centraremos nuestra atención en la importancia que tiene el símbolo para la religión, esto es, para la comunicación de y con la trascendencia. Finalmente, nos enfocaremos en el papel del símbolo en la teología.

¹ Un estudio sugerente con relación a esta temática es la tesis doctoral de José Orlando Reyes Fonseca, *La Racionalidad Sapiencial en el Estatuto del Conocimiento Teológico*, particularmente los capítulos 2 y 3.

1.1 Noción y funciones del símbolo

Para hacernos a una idea de lo que significa el símbolo, creemos importante relacionar y distinguir este concepto de otras dos categorías que pertenecen al mismo campo semántico: señal y signo. De acuerdo con el diccionario de María Moliner, el término señal, en su primera acepción, aparece definido como “cualquier cosa que sirve para indicar algo.”² Este mismo término, en el diccionario de la Real Academia Española se define como una “marca o nota que se pone o hay en las cosas para darlas a conocer y distinguir las de otras.”³

Siguiendo de nuevo a María Moliner, el término signo, también en su primera acepción, aparece definido como “cualquier cosa, acción o suceso que, por una relación natural o convencional, evoca otra o la representa.”⁴ Por otro lado, según Clave diccionario de uso del español actual, se dice que el significado de signo es “lo que representa, sustituye o evoca en el entendimiento un objeto, un fenómeno o una acción.”⁵ Por tanto, de acuerdo con cada una de las anteriores definiciones, tanto señal como signo estarían concebidos como sinónimos. Además, podríamos decir que están constituidos de una imagen más un significado.

Considerando ahora al símbolo. Éste aparece definido en Clave diccionario de uso del español actual, como un “objeto material que representa otra realidad inmaterial mediante una serie de rasgos que se asocian por una convención socialmente aceptada.”⁶ De acuerdo con el breve diccionario etimológico de la lengua española, encontramos que el término símbolo proviene del latín *symbolum*, que significa “algo que representa otra cosa por semejanza o convención.”⁷ Por ende, cuando se habla del símbolo se está haciendo referencia a un tipo concreto de signo.

² Moliner, *Diccionario de uso del español*, 1391.

³ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 1139.

⁴ Moliner, *Diccionario de uso del español*, 1163.

⁵ García Márquez, *Clave Diccionario de uso del español actual*, 1671.

⁶ *Ibíd.*, 1673.

⁷ Gómez de Silva, Guido. *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, 640.

Si damos un paso más y recogemos la voz griega, *symbolum* deriva a su vez de *simballein*. *Sim* quiere decir juntamente y *ballein* hace referencia a reunir, juntar. El símbolo emerge entonces como producto de una relación; como el producto de algo que en un determinado momento se junta. En este sentido, el símbolo es lo contrario de *diábolos*, que quiere decir separar, desunir.

Otra de las definiciones que creemos importante tener en cuenta, con relación al símbolo, es la noción que aporta la teoría psicológica desarrollada por Carl Jung. Para él, el símbolo “es un término, un nombre o aún una pintura que puede ser conocido en la vida diaria aunque posea connotaciones específicas además de su significado corriente y obvio. Representa algo vago, desconocido, u oculto para nosotros. [...] Una palabra o una imagen es simbólica cuando representa algo más que su significado inmediato y obvio.”⁸

A partir de las aproximaciones anteriores, podemos decir que los símbolos son multivalentes y ambiguos en sí mismos. Son opacos y no transparentes, a diferencia del lenguaje de la ciencia, porque el sentido inmediato apunta a otro sentido que no se nos comunica más que a través de él. Por ello, lo que hemos intentado mostrar son algunas de las aproximaciones o nociones, pues es evidente la dificultad a la hora de plantear una definición única o irrefutable del término, ya que simplificaríamos o limitaríamos su potencialidad.

Por tanto, el símbolo escapa a toda definición. Es propio de su naturaleza romper los esquemas establecidos y reunir los extremos en una misma visión. “El símbolo no encierra nada, no explica, remite más allá de sí mismo hacia un sentido aun en el más allá, inasible, oscuramente sentido, que ninguna palabra de la lengua que hablamos podría expresar de forma satisfactoria.”⁹

El símbolo tiene, entonces, “un aspecto inconsciente más amplio que nunca está definido con precisión o completamente explicado. Ni se puede esperar definirlo o explicarlo. Cuando la

⁸ Jung, *El hombre y sus símbolos*, 20.

⁹ Chevalier, *Diccionario de los símbolos*, 22.

mente explora el símbolo, se ve llevada a ideas que yacen más allá del alcance de la razón.”¹⁰ Así, lo que se destaca de las anteriores aproximaciones es, pues, la capacidad que el símbolo tiene de trascender lo inmediato y la razón, de ir más allá y de incorporar elementos inconscientes. El símbolo, de este modo, estaría compuesto ya no sólo por una imagen más un significado, sino que tendría además una dimensión afectiva.

Habiéndonos hecho ya a una noción de símbolo, cabe preguntarnos ¿qué es aquello que lo caracteriza? Y aquí diremos que más que decir algo, el símbolo evoca la realidad simbolizada. Tiende a crear una concepción global y coherente de lo real. El símbolo no define las cosas, sino que se aproxima a ellas por caminos indirectos. La realidad significada está en cierto modo presente, aunque no comunicada del todo. Por tanto, el símbolo no es algo estático, sino que implica un rico dinamismo que se puede mostrar por medio de algunas de sus funciones:¹¹

- Función exploratoria: el símbolo extiende el campo de la conciencia y permite captar de una cierta manera una relación que la razón no puede definir, puesto que implica algo vago, desconocido y oculto para nosotros.
- Función mediadora: el símbolo tiende puentes, reúne elementos separados, enlaza, opera una fuerza centrípeta estableciendo un centro de relaciones al cual se refiere lo múltiple y donde se encuentra su unidad.
- Función pedagógica y terapéutica: el símbolo expresa una realidad que responde a múltiples necesidades de conocimiento, de ternura y de seguridad. La realidad que expresa no es, sin embargo, la que lo representa por sus rasgos exteriores; es algo indefinible, pero profundamente sentido. Un mundo sin símbolos sería irrespirable: provocaría la muerte espiritual del hombre. Ellos, sin duda, toman parte decisiva en la formación del ser humano, no solamente como expresión espontánea y

¹⁰ Jung, *El hombre y sus símbolos*, 20.

¹¹ Para la presentación de cada una de las funciones del símbolo, nos hemos basado en el Diccionario de Símbolos de Chevalier anteriormente citado.

comunicación adaptada, sino como medio de desarrollar la imaginación creadora y el sentido de lo invisible.

- Función socializante y desencadenadora de resonancias: el símbolo pone en comunicación profunda con el medio social. Cada grupo, cada época tiene sus símbolos; vibrar con esos símbolos es participar con ese grupo y esa época. No es simple comunicación de conocimiento, es convergencia de afectividad. Así, la función de resonancia del símbolo es más activa si éste concuerda mejor con la atmósfera espiritual de una persona, una sociedad, una época o una circunstancia.
- Función transformadora: la energía inconsciente liberada por el símbolo debe ser asimilada por el yo. El símbolo no sólo expresa las profundidades del yo, sino que estimula, por la carga afectiva de sus imágenes, el desarrollo de los procesos psíquicos.
- Función trascendente: los símbolos están en el centro y son el corazón de la vida imaginativa; abren la mente a lo desconocido y a lo infinito. Uno de los papeles del símbolo es religar y armonizar hasta los contrarios, establecer una conexión entre fuerzas antagonistas, superar oposiciones y abrir así la vía a un progreso de la conciencia.

A partir de sus múltiples funciones, podemos decir que los símbolos están llenos de una profundidad de significado que sobrepasa las capacidades del pensar conceptual y teórico. El conocimiento simbólico es auto-implicativo. Es decir, el símbolo no es para contemplarlo desde fuera, sino que nos lleva a implicarnos en su dinámica con la totalidad del ser, pues el símbolo nos habla sólo cuando nos situamos dentro del universo de sentido y valor al que él mismo da acceso.¹²

El símbolo evoca más que describe. Un símbolo no dice, o mejor, es mucho más lo que no dice que lo que dice. Lo que oculta que lo que manifiesta. Aquí vislumbramos el problema al que Paul Ricoeur hacía referencia: los símbolos presentan el problema de un doble sentido. Está el sentido inmediato que se da, pero al mismo tiempo hay un sentido más profundo que

¹² Ver Dulles, *El Oficio de la Teología. Del símbolo al sistema*, 37.

está oculto. Dicho en otras palabras, todo símbolo tiene dos niveles de significado, de los cuales el más bajo y obvio es la clave del más alto y latente. Por eso, la fuerza del símbolo está en que quiere decir otra cosa, además de la que dice de modo inmediato.¹³

Justamente, el símbolo requiere de interpretación por ser una expresión lingüística de doble sentido. Y esta interpretación es un trabajo de comprensión que tiene como objetivo descifrar los símbolos.¹⁴ Ellos requieren expresar, ante todo, el carácter no inmediato de nuestra aprehensión de la realidad. “Por cierto, el símbolo es, en el sentido griego del término, un ‘enigma’. [...] El enigma no bloquea la inteligencia, sino que la provoca; hay algo por desenvolver, por desimplicar en el símbolo; es precisamente el doble sentido.”¹⁵

Ahora bien, los símbolos pueden cumplir su tarea o bien desde su misma naturaleza o bien desde el convencionalismo humano. Los primeros son los símbolos naturales, en los que hay una analogía o un parecido evidente entre el signo y la cosa significada. Los segundos han obtenido su poder significativo por un acuerdo entre los seres humanos.¹⁶ Un ejemplo claro de esto es el fuego: de manera natural el fuego estaría representado por el humo, mientras que de manera convencional el fuego podría estar representado por el color rojo.

Para terminar con este primer apartado, recordemos que el símbolo no es un signo normal, sino que es más bien un signo anómalo y muy especial. Es el signo más rico en significado, más cargado de contenido. Siempre se puede interpretar y profundizar más en él y no se agota en su significado. Posee, además, una carga sentimental. En esto se ve la riqueza de su contenido, la extensión de su significado, la gran abundancia de sentido que se da en él. Por ello necesita tanto de la interpretación o de la hermenéutica.¹⁷

¹³ Ver Ricoeur, *Freud: Una Interpretación de la Cultura*, 18.

¹⁴ Ver *Ibíd.*, 20.

¹⁵ *Ibíd.*, 28.

¹⁶ Ver Fernández Ramos, *Diccionario del mundo Joánico*, 902.

¹⁷ Ver Alicante García, *El símbolo: Una herramienta educativa en la comunidad terapéutica Manuene*, 26.

1.2 Importancia del símbolo en la configuración de las culturas y las sociedades

Los símbolos han estado presentes en nuestras vidas. Quizás porque hay demasiadas cosas que están más allá del alcance del entendimiento humano. Todos utilizamos constantemente términos simbólicos para hacer referencia a conceptos o realidades que no podemos definir o comprender del todo. El símbolo, al ser precisamente el signo más rico, ocupa un amplio espacio en la vida del ser humano y está presente a lo largo de todo su desarrollo.

Los símbolos recogen afecto, emotividad, rasgos del inconsciente y hasta arquetipos humanos muy básicos, así como significados religiosos. En ellos encontramos una carga afectiva y un significado afectivo muy fuertes; por eso son tan importantes y tan útiles para el trabajo en comunidad. Los símbolos representan esos aspectos profundamente humanos por los cuales vivimos y por los que nos mueve a actuar. De hecho, el símbolo significa poner juntos. Así, lo propio del símbolo es ser la unión de dos o más trozos o fragmentos que forman un todo.¹⁸

En efecto, las imágenes simbólicas presentaban un papel preponderante en las sociedades pre-modernas. Ellas contribuían a la expresión y constitución de las cosmovisiones. Mostraban pasajes de mitos centrales o condensaban una diversidad de historias sagradas que daban sentido a la existencia humana individual y social.¹⁹ La imagen simbólica permitía a los individuos reconocer quiénes eran, encontrar su lugar en la comunidad, identificar su sociedad y hallar una explicación del universo que habitaban.²⁰

Por lo anterior, podemos decir que la capacidad o función de simbolizar es algo inherente a la condición humana, ya que se encuentra en la base del pensar mismo. Esto se debe a que pensamos con y mediante símbolos. Utilizamos imágenes, gestos y palabras que nos permiten evocar ideas, expresar sentimientos, comunicarnos e interactuar con los demás y comprender el entorno circundante.

¹⁸ *Ibíd.*, 25.

¹⁹ Ver Lizarazo Arias, “El poder simbólico de las imágenes”, 376.

²⁰ Ver *Ibíd.*, 377.

En este sentido, todo acceso a la realidad humana está mediado por algo, bien sea el lenguaje en cualquiera de sus formas o bien sea una imagen. De hecho, la comprensión del mundo que nos rodea de ninguna manera es literal o directa. Las personas y los grupos utilizan diversos elementos significativos gracias a los cuales pueden comprenderse, relacionarse e interpretar la realidad que los circunda. En otras palabras, el uso de símbolos permite a los seres humanos otorgar sentidos, permitiéndoles comunicar, expresar y definir su realidad por una parte; y por otra, comunicarse, expresarse y definirse en ella.²¹

Por consiguiente, el ser humano nace, crece, se desarrolla y comprende el mundo circundante desde un sistema o red de símbolos que le viene ya implícitamente dado y que es fundamentalmente cultural. Tiene, igualmente, un marco de referencia desde el cual puede situarse, definirse y comunicarse. Así, desde ese mismo marco de referencia puede compartir símbolos con los demás miembros de su comunidad desde el nacimiento hasta la muerte.²²

El ser humano puede dar un rodeo significativo acerca de sus vivencias, sus maneras de actuar e, incluso, ser autocrítico. Y precisamente esta autocrítica se basa en comparaciones respecto a pautas simbólicas y culturales que le son instituidas mediante la socialización. Por eso, la tarea de simbolización no es individual es primordialmente compartida y debe ser entendida no sólo como el modo de vivir y de actuar propio de los humanos, sino como el funcionamiento estructural de la comunidad. Tanto el individuo como el grupo, por tanto, se caracterizan por necesidad de integrar su vida empírica mediante símbolos.²³

Para ilustrar un poco lo dicho, pongamos el ejemplo de la alegría. Sabemos que la alegría, en cuanto concepto, tiene en sí misma un significado particular. Sin embargo, las diversas formas en que podría representarse esta emoción, han de ser interpretadas a la luz de cada contexto comunicativo, social, cultural e histórico. Pero esto no quiere decir que lo simbólico sea falso, sino que puede cambiar al estar sujeto a las variaciones del tiempo y del espacio.

²¹ Ver Sola-Morales, “Hacia una epistemología del concepto de símbolo”, 12-13.

²² Ver *Ibíd.*, 13.

²³ *Ibíd.*, 15.

Por ello, dependiendo del contexto en el que nos encontremos, la sonrisa podrá ser interpretada de un modo u otro.

Al ser los símbolos creaciones imaginativas que toman consistencia en forma de palabras e imágenes, se entiende la importancia del lenguaje y la semiosis en general, como formas de manifestación y constitución del sujeto, que sirven para comprender la realidad. Podría afirmarse, por tanto, que estas mediaciones y representaciones nos permiten acceder al conocimiento del entorno circundante o, lo que es lo mismo, a relacionarnos con él. Desde una perspectiva antropológica, la relacionalidad constituye el centro operativo del hombre como ser de mediaciones. Y es que lo simbólico refuerza y establece vínculos de pertenencia y autorreferencia entre los diferentes grupos humanos, legitimando a su vez la construcción del nosotros y otros.²⁴

Es preciso, pues, reconocer el valor y el alcance de los símbolos como elementos estructurantes y creadores de sentido que deben ser interpretados dentro de un marco cultural. Así como tampoco podemos olvidar o negar el valor de lo simbólico en la comunicación, en la creación del sentimiento de grupo o de las identidades, puesto que los símbolos se crean dentro de las comunidades humanas y funcionan como elementos de cohesión que crean imaginarios propios de cada sociedad.²⁵

Después de haber señalado la importancia que han tenido los símbolos en la configuración de las culturas y de las comunidades humanas, es hora de pasar a considerar su papel en uno de los aspectos en que se pueden reconocer a éstas últimas: la religión.

1.3 Símbolo y religión

“El lenguaje religioso está muy unido, en todas las épocas y religiones, al símbolo porque el mundo de Dios solamente se puede comunicar a través de aproximaciones, ya que las

²⁴ *Ibíd.*, 19.

²⁵ Ver *Ibíd.*, 20.

palabras son imprescindibles para sugerir el sentido, pero son incapaces de expresarlo en todo su valor.”²⁶ Además, el ser humano sabe por experiencia propia que existen diversas maneras de comunicar un mensaje. Pero cuando se trata de la comunicación con lo trascendente ha tendido, casi que de manera instintiva, al símbolo; porque este es el único lenguaje que ha encontrado propicio para ello. Esto es posible afirmarlo dado que la fuerza del símbolo radica en la inevitable atracción que ejerce lo que en él se oculta y se manifiesta al mismo tiempo.

Igualmente, el arte desarrollado por todos los pueblos tradicionales siempre se ha revestido de una significación simbólica que es a la vez ritual y mítica. Para estas culturas, el símbolo constituye el medio más adecuado para representar su visión del mundo. Visión que siempre responde a una concepción totalmente sacralizada de la existencia. La vida del mundo y del ser humano tienen sentido a partir del orden establecido por los dioses que se revelan y manifiestan a través de las formas simbólicas.

De esta manera, el orden celeste se plasma en la tierra mediante la participación consciente del hombre y la mujer artistas. Para los pueblos tradicionales el arte es simbólico porque sólo el símbolo, con su poderosa capacidad de síntesis, es capaz de sugerir, expresar y vehicular la realidad de lo sagrado. Realidad que ha generado todas las posibilidades de las artes plásticas, escultóricas y arquitectónicas.

El símbolo es el reino de la sugerencia, la evocación, la metáfora, la indicación. Nos hallamos en el ámbito de lo no poseído, de la realidad que se evoca y nunca se agota. De ahí que nos encontremos en medio de la imaginación creadora. El símbolo es el lenguaje de la trascendencia. [...] Diríamos, a lo Wittgenstein, que el símbolo trata de hacer accesible lo inaccesible, apalabrar el silencio de lo inefable, dar cobijo a la trascendencia. El símbolo quiere unir lo roto y fracturado, tender un puente sobre lo separado y situado en dos ámbitos diversos; por esta razón, es expresión de encuentros y desencuentros. Se comprende que el símbolo transite especialmente por el mundo del arte y de la estética, de la psicología

²⁶ Fernández Ramos, *Diccionario del mundo Joánico*, 897.

profunda y de la religión, y que aparezca, a los ojos de la razón lógica y argumentadora, como nebuloso y ambiguo.²⁷

En efecto, existen realidades trascendentes que se escapan de nuestro control. De ellas no podemos dar razón por medio del lenguaje directo, que es el lenguaje de la ciencia. Tampoco podemos aplicar a dichas realidades nuestra manera de razonar ni la lógica a la que estamos acostumbrados. Esto ocurre particularmente con el lenguaje de la revelación, que es un lenguaje indirecto al igual que el de la religión.²⁸

El lenguaje que Dios utiliza para comunicarse, por su misma naturaleza, exige la aproximación, la intuición, la sugestión y la evocación. Por esto, el uso del lenguaje directo resulta ser el menos adecuado. Si así fuera, la comunicación directa empobrecería la revelación porque la reduciría a los límites precisos de su lenguaje. Es más, este tipo de lenguaje encadena la realidad quitándole gran parte de su potencial expresivo. El símbolo, por el contrario, ofrece más variadas perspectivas al dar paso a la imaginación, a la intuición, a una mayor riqueza de la realidad simbolizada.²⁹

La dificultad que encuentra el ser humano para expresar lo que vive y experimenta a nivel de su fe, encuentra en el símbolo una enorme ayuda, puesto que éste le permite expresar aquello que rebasa su entendimiento por la profundidad y hondura que posee. Además, al hacer uso del símbolo, el hombre y la mujer son conscientes de que lo simbolizado está siempre más allá del símbolo con que se comunica. Esto es, lo significado desborda al significante.³⁰

La anterior dinámica se da porque el símbolo permite vislumbrar la realidad dejando escondida una parte de lo que trasciende la lógica y la razón humana. Dicho de otro modo, “el mundo del espíritu va más allá que el puro raciocinio, y esto exige un puente que ayude

²⁷ Mardones, *La Vida del Símbolo. La dimensión simbólica de la religión*, 17.

²⁸ Ver Fernández Ramos, *Diccionario del mundo Joánico*, 901.

²⁹ Ver *Ibíd.*, 901.

³⁰ Ver *Ibíd.*, 897.

a poderlo comunicar aunque sea a través de una revelación que muestra velando, ya que el símbolo remite al ser y al sentido primigenio de las cosas y este es siempre inefable.”³¹

Ahora bien, estamos de acuerdo en afirmar que no todo lo simbólico es historia, pero sí lo es, que la historia se puede narrar con un lenguaje simbólico. Es más, hay ocasiones en que quizás es la única manera de hacerlo. Y esto es bastante característico en el mundo religioso. La religión encuentra en el símbolo una forma de expresión,

ya que el lenguaje simbólico ofrece con mayor garantía la posibilidad de mostrar el “más allá” que la razón y el relato material del hecho es incapaz de comunicar. Son numerosas las ocasiones en las que de Dios solamente se puede hablar simbólicamente y no por ello es irreal por muy subjetivo que sea. En el mundo religioso toda referencia a Dios, debe ir manifestada en un lenguaje que trascienda lo material, y muestre el verdadero ser de lo que se quiere comunicar.³²

Con lo dicho hasta este punto damos un paso más y nos adentramos en el asunto que más nos interesa en esta primera parte del trabajo: señalar la necesidad de recuperar y utilizar el símbolo en la teología. Esto es lo que trataremos de mostrar en el siguiente y último apartado.

1.4 Símbolo y teología

La riqueza de la diversidad que proveen los símbolos parece perderse por la tendencia de la modernidad que pone el acento en la razón instrumental y calculadora, dejando poco espacio para otras formas de expresión. Así, cuando algo se sale de las reglas de juego establecidas por la mentalidad científico – técnica se ha considerado falso, inválido, erróneo, o al menos, confuso.

³¹ *Ibíd.*, 897.

³² *Ibíd.*, 899-900.

El pensamiento, especialmente el conceptual, tiene el ansia de la aprehensión, de agarrar rápidamente y asimilar dentro de una visión o explicación. No se respeta ese resto intransmisible de la pregunta honda que apunta al Misterio. Se cercena con la prisa del pensamiento y el agarrón del concepto la hondura misma del Misterio y del pensar.³³

Entonces, la comunicación que se pretende establecer con la realidad trascendente y que no se puede expresar ni en palabras, ni racionalmente, ni científicamente tiene que buscar su refugio para expresarse en las artes, en la mitología y en los símbolos, que son el gran lenguaje de la imaginación y del espíritu. Por esto, podemos decir que quienes desconocen el poder de los símbolos son ignorantes del espíritu, y quienes olvidan su fuerza tienden a moralizar la vida.

La teología, en tanto también se ha considerado una ciencia, no ha dejado de ser ajena a dicha inclinación de la modernidad. Ella ha tendido a utilizar un lenguaje conceptual, dogmático y por lo general cerrado, a la hora de fundamentar los principios de fe y sus contenidos. Por esto, lo que inicialmente eran símbolos los ha convertido en dogmas, les ha impuesto un significado único y les ha hecho perder su pluralidad, diversidad o multiplicidad de significados, es decir, les ha hecho perder su esencia.

Otro factor que también afectó bastante el rumbo de la teología, especialmente en occidente, fue el encuentro del cristianismo con la cultura griega. Esto llevó a adoptar nociones filosóficas que fueron luego puestas al servicio de la comprensión de la fe. Así, el asumir este tipo de racionalidades y lenguajes, llevó a expresar la experiencia de fe de un modo categorial – lingüístico a través de lo conceptual, técnico y racional.³⁴

Lo anterior nos lleva a pensar que deberíamos hacer lento el camino futuro. Es decir, deberíamos reproducir o reintroducir en nuestra época, que está organizada de manera industrializada, planeada, comercializada, aquellos elementos que han sido esenciales para

³³ Mardones, *La vida del símbolo*, 70.

³⁴ Ver Reyes Fonseca, “La Racionalidad Sapiencial en el Estatuto del Conocimiento Teológico”, 157.

la sonrisa del ser humano durante mucho tiempo, aquello que llama al espíritu. Pues, hemos llegado a ser tan arrogantes que queremos creer que podemos hacerlo todo, que no hay fuerzas fuera de nosotros, aun sabiendo que no podemos dominar la creación.

Con lo anterior no estamos diciendo que el símbolo y la razón sean dos cosas que están escindidas o en oposición. Lo que queremos señalar es que existe una razón simbólica que amplía el horizonte de la mera racionalidad positivista y utilitarista. Dicha razón simbólica se caracteriza por la gratuidad, la alteridad, la no manipulación, la solidaridad, el diálogo y el respeto con otras formas de racionalidad.³⁵ El lenguaje simbólico deja a Dios ser Dios. No lo encasilla ni lo encierra o reduce a simple ideología.

El símbolo es un instrumento de conocimiento. Un instrumento que proyecta al ser humano hacia un mundo transhistórico, lo abre a lo trascendente, lo lanza hacia un mundo espiritual que es infinitamente más rico que el mundo cerrado de su momento histórico. Por tanto, querer traducir las imágenes o los símbolos en algo concreto es una operación que carece de sentido. Tratar de reducir la realidad que intentan significar a un solo plano podría ser peor que inutilizarla, arruinándola en cuanto instrumento de conocimiento.³⁶

La ansiedad del pensamiento racionante se muestra en este intento de despojar al símbolo de sus imágenes y depurarlo conceptualmente. Olvida que lo asesina. No se puede desnudar al símbolo, o querer vestirlo de conceptos, y pretender que no muera en el intento. Pero con la asfixia del símbolo nos llevamos la apertura de la razón. De ahí la violencia que representa un pensamiento negador del símbolo: liquida lo otro, la alteridad hacia la que apunta el símbolo, lo inaprehensible que se muestra en la relación, en la 'revelación' del otro o lo Otro. Cierra la razón y enclaustra al ser humano.³⁷

En este sentido, es posible decir que todo símbolo puede denominarse genéricamente palabra de Dios. Y como palabra tiene tres dimensiones: en cuanto primera persona, manifiesta las

³⁵ Ver Tamayo-Acosta, *Nuevo Paradigma Teológico*, 171.

³⁶ Ver Eliade, *Imágenes y Símbolos. Ensayos sobre el simbolismo mágico religioso*, 13-15.

³⁷ Mardones, *La vida del símbolo*, 85.

ideas y actitudes del que habla; en cuanto segunda persona, es escuchada o leída por otros; y como tercera persona, posee un contenido o algo que se comunica. Así, Dios en su acción simbólica, se manifiesta a sí mismo como revelador, convoca a los seres humanos a estar atentos y perceptivos a aquello que les quiere transmitir y dar a conocer.³⁸

De lo que se trata entonces es de recuperar el símbolo para la teología. Y en particular, las imágenes como símbolos. Caer en la cuenta de su pérdida en el tránsito que se dio al pasar de un lenguaje inicial que fue simbólico a una teología especulativa, que dejó de lado este tipo de lenguaje por la influencia de la modernidad que pedía claridad y distinción. De hecho, el lenguaje simbólico es todo lo contrario.

El lenguaje conceptual y teórico nos permite comunicar ideas, pero no nos permite comprender y anunciar lo vivido. Este, creemos, es uno de los grandes problemas de la teología en la actualidad. Por esto, al recuperar el símbolo, recuperamos una dinámica fundamental para la teología, porque le recupera a ella el asidero en la vivencia y la fuerza autoimplicativa de la comunicación. En otras palabras, ya no sólo estaremos comunicando ideas, sino comunicando la propia experiencia.

En dicha recuperación, las imágenes simbólicas juegan un papel importante. Estas imágenes son un tipo de símbolos que van más allá de lo que ellas por sí mismas representan. Nosotros, al verlas, sabemos que sólo una parte de su complejidad ha sido abarcada y llegamos a sentir que no hemos comprendido todo. Las imágenes simbólicas encubren algo como si miráramos entre unos velos, parecen guardar un corazón de sentido que ninguna curiosidad agotará por completo. Es como no poder consumirse todo en un solo bocado.³⁹

No obstante, toda imagen simbólica resulta inadecuada. Y esto es así porque el símbolo se halla desbordado por una fuerza que siempre excederá su apariencia explícita. La persona que observa el símbolo se relaciona con él como aquel que escudriña debajo de la

³⁸ Ver Dulles, *El Oficio de la Teología*, 37.

³⁹ Ver Lizarazo Arias, “El poder simbólico de las imágenes”, 372.

significación inmediata para entrar al sentido insondable que se esconde en su interior. La imagen simbólica no es más que una puerta de entrada a un horizonte de sentidos que nos desborda, porque justamente lo que la imagen simbólica intenta contener es algo que en sí mismo es infinito.⁴⁰

Ahora bien, esta fuerza y poder de lo simbólico, ¿cómo se despliegan en la comprensión y el anuncio de la experiencia? Aristóteles nos decía que el ser humano piensa con imágenes. Sin embargo,

Descubrimos con Nietzsche que el símbolo «da que pensar» (Paul Ricoeur), pero, sobre todo, «da que vivir». Da que pensar porque da que vivir. Es un pensamiento que alimenta la vida: descubre la riqueza inagotable de la vida y nos devuelve a la tarea de vivirla en sus inmensas posibilidades. Vivir de los símbolos significa vivir explorando continuamente la significatividad y el sentido. Frente al pensamiento cerrado argumentativo y logicista, el pensamiento y lenguaje simbólico abre a la amplitud del mundo y la realidad y emplaza a caminar y a tomar opciones y caminos. La búsqueda es propia.⁴¹

Entonces, el ser humano para expresar lo que experimenta con verdadera profundidad, debe superar el lenguaje técnico y conceptual. Debe recurrir a la evocación y a la sugerencia, por lo que necesita echar mano de figuras, imágenes, usos metafóricos del lenguaje, en fin, de símbolos. Si quiere en verdad decir algo de lo que percibe, y además sugerir que la realidad, incluyéndose él mismo, es más de lo que aparece; no puede sustraerse de usar las diversas formas simbólicas que ya posee.⁴²

Otra manera de dar respuesta a la pregunta anterior sería teniendo en cuenta que “las parábolas de Jesús querían, más que enseñar verdades, despertar y avivar una fibra existencial

⁴⁰ Ver *Ibíd.*, 375.

⁴¹ Mardones, *La Vida del Símbolo*, 85.

⁴² Ver *Ibíd.*, 86.

dormida. El despertar que produce el símbolo, la parábola, la imagen, el mito, afecta a la sensibilidad y a la vida.”⁴³

Para concretar de alguna manera lo dicho hasta ahora, en el siguiente capítulo presentaremos algunas de las imágenes de Dios que suelen estar presentes en nuestra sociedad, su carácter cristiano y, cómo su fuerza efectivamente tiene impacto en la vida del ser humano. Esta tarea la vamos a llevar adelante en compañía de dos pensadores que han teorizado sobre este tema: José María Mardones y José María Castillo.

⁴³ *Ibíd.*, 84-85.

2. IMÁGENES DE DIOS RECURRENTES EN NUESTRA SOCIEDAD, SU IMPACTO Y CARÁCTER CRISTIANO

La primera parte la hemos dedicado a presentar lo importante que resulta ser el símbolo, no sólo como instrumento de conocimiento, sino a la hora de comprender y comunicar la experiencia. Nos hemos hecho a una noción de él y hemos expuesto, a través de sus varias funciones, cómo sobrepasa la capacidad del pensar conceptual y teórico. Luego mostramos la importancia que tiene el símbolo a la hora de comprendernos, relacionarnos e interpretar la realidad que nos rodea, siendo un elemento que ayuda en la configuración de las sociedades y las culturas.

Posteriormente, centramos nuestra presentación en el papel que cumple el símbolo en la religión, y cómo, cuando se trata de dar razón de realidades trascendentes que sobrepasan nuestra lógica, se requiere de un lenguaje indirecto, de aproximación y evocación. Y finalizamos, afirmando la necesidad de recuperar el símbolo para la teología, y más en específico, las imágenes como símbolos; porque ellas pueden ayudarle a recuperar el asidero en la vivencia y la fuerza autoimplicativa de la comunicación. Sin embargo, señalábamos también lo inadecuadas que pueden resultar las imágenes al querer contener algo que en sí mismo es infinito.

En efecto, las imágenes en cuanto símbolos son la mejor herramienta de la que dispone el ser humano a la hora de narrar con profundidad lo que experimenta. Pues, si quiere comprender lo vivido y anunciarlo de tal modo que el otro también comprenda y tenga la misma experiencia, no puede evitar usar las diversas formas simbólicas que ya posee. En este sentido, la reflexión que pretendemos realizar ahora sobre las imágenes de Dios que suelen estar presentes en nuestra sociedad, es determinante para la fe cristiana y para la teología.

Creemos que es determinante porque cada imagen de Dios tiene consecuencias para la teología, para la Iglesia y para la cultura. Dependiendo de la imagen de Dios que tengamos, ello determinará la configuración de nuestra vida, la manera como nos relacionemos a nivel

personal y social. Pero también al contrario, es decir, las representaciones de Dios se corresponden con las situaciones históricas y culturales en que estamos inscritos. Podemos decir entonces que las imágenes de Dios son obra del ser humano y reflejan las circunstancias por las que éste ha pasado.

Si bien es cierto que el silencio sería la mejor palabra para hablar de Dios, las imágenes son el mejor modo para decirlo. Siendo conscientes, por supuesto, de que las imágenes de Dios no son Dios mismo. Ellas nos conducen hacia Dios en la medida en que nos dejamos llevar más allá de lo que inmediatamente nos dicen. No obstante, debemos estar atentos a la calidad de las imágenes que van resultando, puesto que no todas se corresponden con el Dios cristiano.

Nuestro interés, en esta segunda parte, consistirá en presentar algunas de las imágenes de Dios que en nuestra sociedad son recurrentes, mostrar por qué son imágenes distorsionadas y cómo ellas afectan la vida de los creyentes. Después de esto, en la tercera parte de nuestro trabajo, nos atreveremos a sugerir una imagen que promueva el encuentro personal del creyente con Dios y que transforme las imágenes que orientan su vida. Esto lo haremos así, puesto que no se trata sólo de cuestionar sino también de proponer.

2.1 La imagen de Padre nos determina

Una de las imágenes de Dios más difundidas o con la que estamos más familiarizados es la de Dios como Padre. Sabemos que un padre es para su hijo protección, seguridad, explicación, poder y autoridad. El punto está en que, para la gran mayoría de los hijos, el padre es el que ordena lo que hay que hacer y, al mismo tiempo, es el que prohíbe lo que no se debe hacer. Esto significa que la relación con el padre es encontrarse, no sólo con el cariño, la bondad y la protección, sino también con la prohibición.⁴⁴

⁴⁴ Ver Castillo, *Dios y nuestra felicidad*, 130-131.

El problema está en que lo que nosotros entendemos cuando decimos padre, es distinto a lo que la Escritura dice cuando habla de padre. Esta categoría, para nosotros, hace referencia a alguien que simultáneamente necesitamos y rechazamos, por eso es quizás la relación más complicada para el ser humano. “Pero lo que mucha gente no se imagina es que la imagen del padre, que todos tenemos en esta vida, determina decisivamente la imagen que cada uno lleva dentro sobre lo que es Dios.”⁴⁵

Efectivamente, la imagen del padre es tan decisiva para todos los seres humanos porque de ella depende la manera en que conocemos a Dios, la manera en que nos relacionamos con él y, la manera en que nos relacionamos a partir de él. Esto, llevado al plano existencial, se constata en la forma como nos relacionamos no sólo con nosotros mismos, sino en las relaciones con los demás y con la naturaleza.

Teniendo presente lo anterior, vamos entonces a presentar algunas de las imágenes de Dios más extendidas y recurrentes en nuestra sociedad. Imágenes que necesitamos cambiar o sanar de modo que podamos crecer y madurar espiritualmente. Nos apoyaremos para esta presentación en la obra sugerente de José María Mardones, *Matar a Nuestros Dioses*, en la que de una manera sencilla y profunda el autor expone algunas de las interpretaciones y representaciones de Dios que debemos corregir.

2.2 El Dios Todopoderoso

Esta imagen de Dios es quizás la más extendida entre las personas. Esto se debe, en parte, a que la estamos mencionando cada vez que rezamos con el credo. Decir que Dios es omnipotente, además, puede llevar a mucha gente a tener otra serie de imágenes de la divinidad que se derivan de ésta. Relacionarse con el poder, y más si es un poder absoluto, lleva a muchos a decir que Dios es un juez severo que les genera temor y miedo.

⁴⁵ *Ibíd.*, 133.

Si a lo anterior añadimos que el ser humano es un ser vulnerable, y esa vulnerabilidad lo lleva a buscar defensa y seguridad. Entonces, esta imagen de Dios se ve reforzada por la condición vulnerable del ser humano, dado que dicha defensa y seguridad la encontraría en el poder. La otra cara del miedo es el poder. En otras palabras, en el origen del poder humano se encuentra el miedo. La historia humana está llena de miedo y éste se ha utilizado para manipular. Se ofrece la supuesta protección y seguridad de quienes tienen poder para controlar. Y en esto la religión también ha caído muchas veces, utilizando el miedo para someter.

Otra de las razones que llevan a relacionarse con un Dios Todopoderoso la encontramos en la grandiosidad de la naturaleza, pues con ella se pone en evidencia la debilidad y la pequeñez humanas. Ante esta experiencia, se apela a un Dios soberano que pueda calmar la angustia y el temor que generan la vulnerabilidad e incertidumbre. El ser humano busca hacerle frente al miedo a lo desconocido, y encuentra una salida a ello, recurriendo a Alguien superior a la naturaleza.⁴⁶

Ahora, si damos una mirada a lo que fueron nuestras catequesis, recordaremos que algo que se nos enseñó como uno de los dones del Espíritu Santo fue el *temor de Dios*. Esta expresión se suele utilizar para decirnos que debemos prevenir el pecado y convertirnos. Entonces, en lugar de predicar la salvación, se ha puesto más énfasis en evitar la condenación y, si a esto se le suman las ideas de juicio e infierno, empezamos a ver a Dios de tal modo que pareciera que lleva cuenta estricta de todo y nada se le escapa.

Se va asentando, pues, una imagen de Dios como alguien que está siempre observando, tomando nota de todo, registrando cada uno de nuestros actos. Y, como además de Todopoderoso también es juez, el miedo que se genera ya no sólo será a Él mismo, sino al castigo que nos pueda mandar. Por tanto, debemos cuidarnos de seguir reproduciendo esta imagen de Dios. Una imagen que hace daño y que se puede transmitir fácilmente en la crianza,

⁴⁶ Ver Mardones, *Matar a nuestros dioses*, 18-20.

en la educación o en la catequesis, pues con ella tenemos una manera cómoda de controlar a otros.⁴⁷

Es cierto que el miedo es un obstáculo para el amor y lleva a buscar seguridades en el poder y en el dinero. Pero, también es cierto que el ser humano no sólo se mueve por el miedo, sino que es alguien que busca sentido. El ser humano quiere vivir con sentido y lucha por descubrir el fundamento o la realidad última de las cosas. Por eso es importante no olvidar que es el amor el que vence al temor.

2.3 El Dios Manipulador

Decir que Dios es manipulador puede resultar para muchas personas una falta de respeto y hasta un atrevimiento. Sin embargo, si nos detenemos a pensar un poco y caemos en la cuenta de algunas de las frases que utilizamos en nuestro día a día, rápidamente reconoceremos que es otra de las maneras con las que estamos acostumbrados a relacionarnos con Dios.

Es la voluntad de Dios; Dios así lo ha querido; Dios mediante; Si Dios quiere; Póngalo en las manos de Dios. Todas estas son frases que caracterizan a esta imagen de Dios. Atribuimos a Dios todo lo que sucede en el mundo. Él es el responsable de todo, tanto de lo bueno como de lo malo. Así, el ser humano se va convirtiendo en dependiente, no dispone de su vida, y por ende, no tiene libertad. En últimas, es un Dios que infantiliza.

En esta imagen de Dios se suele infiltrar, además, la idea de *Providencia divina*, es decir, se suele entender a Dios como alguien que está interviniendo en todo lo que nos ocurre. Entonces, terminamos por pensar que los que tienen bienes y triunfan en sus trabajos es gracias a Dios y, aquellos que no poseen nada y viven desgraciadamente es porque Dios los ha puesto a prueba.⁴⁸

⁴⁷ Ver *Ibíd.*, 24-26.

⁴⁸ Ver *Ibíd.*, 37-39.

Claro, algunos podrán decir que Dios es alguien que se hace presente en el mundo, que es alguien que no se desentiende de la historia de la humanidad. Pero el problema está en la manera como ejerce esa presencia. Comprender a Dios actuando de modo directo y sin intermediarios, nos llevará tarde o temprano a caer en la cuenta que nada escapa a su control y todo está bajo su registro. Esto, por supuesto, impedirá el ejercicio de nuestra libertad.

Otra de las consecuencias a la que nos conduce una imagen de Dios como manipulador es el fatalismo, o lo que muchos llaman *el destino*. Si todo sucede porque Dios quiere y así lo ha dispuesto, entonces no importa lo que hagamos o dejemos de hacer porque todo está determinado y pre-ordenado por el Él. Todos tenemos ya un *destino* definido y el resultado de todo ya está programado.

Este determinismo va desembocando en la resignación. No importa cuáles hayan sido las causas o los motivos que produjeron un determinado acontecimiento, porque fue *la voluntad de Dios*. Y así se pretende que todo el mundo quede tranquilo. De este modo, Dios se convierte en alguien que encubre y legitima la realidad, porque en lugar de ser alguien que invita a luchar por cambiar las situaciones de injusticia, desigualdad y pobreza; con esta imagen se domestica a las personas para que se conformen de acuerdo con el statu quo.⁴⁹

Uno de los problemas que se capta rápidamente con esta imagen de Dios es el siguiente: si Dios es capaz de intervenir la realidad, debería hacerlo para todos por igual y no sólo en favor de unos cuantos, o lo que es peor, en favor de unos y en detrimento de otros. Sería, además, un Dios arbitrario y exclusivista porque su acción no redundaría en beneficio de todos sino de algunos.

No obstante, si convertimos a Dios en alguien que nos soluciona todo, en alguien parecido a un plomero o un tapa-agujeros, poco a poco esa imagen se va a ir cayendo cuando empezamos a darnos cuenta que el ser humano tiene cada vez más posibilidades de resolver, por sí mismo,

⁴⁹ Ver *Ibíd.*, 40.

muchos de los problemas que se le presentan. Así, cada vez le va quedando menos espacio a esta imagen de Dios.⁵⁰

Si a lo anterior le sumamos que, muchas veces, nuestra oración de petición se convierte en algo que sirve para: primero, querer cambiar a Dios y; segundo, para que cambie nuestra realidad, que es propiamente lo que pedimos; entonces Dios además de ser intervencionista sería alguien que hace milagros. Se entiende, pues, el que muchas veces nos quedemos sentados esperando y quejándonos porque no cambia nada, cuando lo que debería suceder es que quienes tienen que cambiar somos nosotros mismos.

2.4 El Dios de los sacrificios

Esta imagen de Dios está muy asociada al sufrimiento. Pareciera como si Dios pidiera constantemente sacrificios y penitencias para estar tranquilo, para calmar su ira y de esta manera poder perdonarnos. En otras palabras, es como si para salvarnos tuviéramos que hacer un sin número de cosas para lograr alcanzar el amor de Dios.

Usualmente este tipo de imagen resulta de una mala comprensión de la entrega de Jesús en la cruz. Nos quedamos repitiendo la mitad de la historia: Jesús murió por todos nosotros, murió por nuestros pecados y así quedó pagada la deuda. Seguir entendiendo lo acontecido de esta manera, hace que todo se convierta en una necesidad. Es decir, para que pudiera ocurrir el perdón de nuestros pecados, entonces la encarnación tuvo que ser necesaria, los padecimientos tuvieron que ser necesarios, la muerte en la cruz tuvo que ser necesaria, pues aquello era la única forma de aplacar la ira divina.

Con lo anterior, nuestra manera de ver a Dios sería la de alguien que se mantiene ofendido todo el tiempo por nuestros pecados y tuviera que defender su honor y majestad. En este sentido, sería un Dios que no perdona fácilmente y, además, exige demasiado: ayunos,

⁵⁰ Ver *Ibíd.*, 58-59.

penitencias, renunciaciones, entre otros sacrificios. Esto es así, porque se concentra todo en la cruz, en una muerte dolorosa y terrible. Lo único que vino a hacer Jesús, su único objetivo y propósito, fue morir por nosotros. Queda en el olvido su vida y su resurrección.⁵¹

Esta imagen tiene el peligro de distorsionar no sólo la imagen de Dios, sino también la imagen de Jesús. A éste último se lo consideraría como una marioneta en las manos del primero. En efecto, Jesús es un hombre, pero sin libertad, sin decisión, sin responsabilidad. Él sólo estaría siguiendo y cumpliendo un papel ya definido.

Algunas de las consecuencias que se siguen de esta imagen de Dios serían: en primer lugar, la sacralización del sufrimiento, y en este sentido no sorprendería que algunas personas se convencieran de que hemos venido a este mundo a sufrir. En segundo lugar, cualquier cosa que genere placer, gozo, alegría, cae de inmediato bajo sospecha de pecado. Se minusvalora el cuerpo y lo material en favor de lo espiritual. En tercer lugar, nos metemos en la cabeza que la vida no puede ser tan linda y, entonces, vivimos diciendo que siempre tiene que haber cruz (Lc 9, 23; Mc 8, 34; Mt 10, 38). Por tanto, se dejan de disfrutar los momentos agradables de la vida, porque se está pensando y esperando a qué horas llega la desdicha.⁵²

Sostener, pues, esta imagen de Dios que pide sacrificios, que exige mucho, que exalta el sufrimiento, nos va llevando a la violencia. Es una imagen que sirve para justificar muchos de los abusos e injusticias presentes en el mundo, pues lo único que podemos hacer es aceptar, aguantar, obedecer, al igual que el *siervo sufriente*. Con esto, se legitima, además, una religión centrada en las normas, en prescripciones, en jerarquías y en cumplimientos.

2.5 El Dios Autoritario y Moralista

Esta es la imagen de un Dios que manda, ordena, decreta e impide. Es una imagen que está muy cerca del Dios del miedo y del Dios del castigo. De alguna manera, éste es un rasgo que

⁵¹ Ver *Ibíd.*, 70-73.

⁵² Ver *Ibíd.*, 74-75.

complementa a las dos primeras imágenes que hemos presentado. En ese sentido, es una imagen de Dios que les cae muy bien y les gusta a quienes están en el poder, pues con ella pueden igualmente manipular y someter, pueden producir personas que sean obedientes y sumisas.⁵³

En el ámbito de la sexualidad es en donde se puede notar con mayor claridad la influencia de esta imagen de Dios. La sexualidad, en la religión, se ha solido ver como algo negativo, como una fuerza peligrosa que se debe dominar y hasta reprimir en algunos casos. En este terreno casi todo se considera pecado y se generan sentimientos de culpabilidad que no permiten el normal desarrollo de la relación con Dios y con los demás. Incluso, se llega hasta experimentar vergüenza e indignación.

La represión de nuestra dimensión sexual, más si se hace en nombre de Dios, amarga a las personas, las daña psicológica y espiritualmente. Por tanto, la consecuencia normal es que se termina por rechazar a Dios, porque se convierte en alguien insoportable, alguien que desconfía y castiga el más mínimo fallo en este campo. Se considera a Dios, además, como un aguafiestas, alguien que está en contra del gozo de la vida, que impone cargas pesadas difíciles de llevar.⁵⁴

Junto al Dios autoritario aparece el Dios moralista, y es posible que esta segunda imagen abarque la primera, puesto que las relaciones, a nivel moral, terminan convirtiéndose en una cuestión de *yo tengo que* o *yo debo de*. Se trata, así sea de manera inconsciente, de comprar o ganar a Dios. Este círculo del deber y del tener desemboca en un ahogamiento de la conciencia.

Entender y relacionarse con Dios de acuerdo con lo dicho anteriormente, hace que el hombre y la mujer tengan que andar siempre con mucho cuidado, tienen que estar todo el tiempo pendientes de no caer, de no salirse del camino correcto o del camino indicado. Así, esta

⁵³ Ver *Ibíd.*, 90-91.

⁵⁴ Ver *Ibíd.*, 93.

imagen de Dios enfatiza aún más la norma y la regla, por lo que el resultado serán personas paranoicas.⁵⁵

Otra de las consecuencias del Dios autoritario y moral son las relaciones de mercantilismo que podemos empezar a establecer con Él: yo te doy para que me des. También es posible que simplemente busquemos agradarlo cumpliendo lo que manda, haciendo las tareas. Pero la relación también podría darse en términos de esclavitud, pues, a Dios se le entiende como alguien que le gusta que se le sometan, que le rindan pleitesía, incluso en contra de nuestra voluntad.

El autoritario somete e impone. Busca lograr todo por la fuerza y no por amor. Sin embargo, es posible que muchos se sientan más cómodos con esta imagen de Dios, dado que es más fácil que nos digan qué tenemos que hacer, por dónde debemos ir, a que seamos nosotros los que tengamos que tomar decisiones y jugárnosla por algo. De esta manera nos sentimos más protegidos y seguros, aunque inmaduros, nada adultos y nada responsables. Por tanto, si me equivoco, puedo decir que hice lo que me mandaron.

Con esta imagen de Dios sentiremos que no somos dueños de nosotros mismos, sino que otro es el dueño, y eso es insoportable. Dios, en quien veremos a nuestro dueño, será alguien externo, alguien que manda desde fuera. Será difícil orar con el Padre Nuestro, decir *hágase tu voluntad*, porque esto se sentirá como otra pesada carga, algo que no quiero, algo que va en contra de nuestra voluntad.

2.6 El Dios Externo

Las anteriores imágenes de Dios, de alguna manera, ya nos hacían vislumbrar ésta otra que ahora consideramos. Aquí nos encontramos a un Dios al que tenemos que acercarnos o al que podemos acercarnos sólo en ciertos lugares, en ciertos momentos, a través de

⁵⁵ Ver *Ibíd.*, 94-95.

determinados ritos, de ciertas personas o de algunas oraciones a las que tenemos por sagradas. De este modo, únicamente logramos contactos puntuales con Dios, pero no es un trato continuo.

Es una imagen de Dios con la que nos vamos acostumbrando a mirar hacia arriba, pero no hacia el frente ni hacia los lados. De tanto tener levantada nuestra mirada apuntando hacia la trascendencia de lo divino, terminamos elevándonos y perdiéndonos sin ni siquiera saber hacia dónde estamos apuntando. Nos dedicamos tanto a mirar hacia las nubes, que finalmente termina por hacerse cierto que *estamos o nos quedamos en las nubes*.

Al comprender a Dios como alguien lejano y distante, hacemos que sea un Dios que no es de este mundo. Es un Dios que está por fuera de la realidad, muy ajeno a lo que les sucede a los seres humanos. Además, si no sabemos dónde está, es posible que acabemos por considerarlo como alguien que nos observa desde algún lugar que no sabemos cuál es, como si estuviera espiándonos y vigilándonos.

Al estar lejos, como ya lo dijimos, es un Dios que no se implica en las cosas humanas. En consecuencia, la relación que se establece con Él sería algo así como la que se establece con un gran señor, con un gran jefe, con un aristócrata, con una persona de esas a las que se saludan desde lejos, con mucha cautela y con excesivo respeto. Asimismo, como lo consideramos como alguien que es demasiado importante, entonces tenemos que llamar su atención, por lo que nuestra oración tiene que hacerse de tal manera que se haga oír.⁵⁶

En efecto, como no se establece una relación cercana y fraterna con Dios, sino que es una relación ocasional; cada vez que nos vayamos a encontrar con Él, será como hacer una visita especial que no se puede tener ni en cualquier lugar ni a cualquier hora. Es como si solamente existieran ciertos momentos y espacios para poder relacionarse con Dios. Por ende, la vida

⁵⁶ Ver *Ibíd.*, 113-114.

se va fragmentando y se va convirtiendo en algunos espacios en los que sí se está con Dios y otros espacios en los que no.

Como algunos ya se habrán ido dando cuenta, es una imagen que se cruza en algunos aspectos con características propias de las otras imágenes antes descritas. Pero en este caso, lo propio de considerar a Dios como alguien externo y lejano, es que es una imagen que resulta de la relación que establecemos con Él. En este sentido, nos estaríamos relacionando con Dios como si fuera un objeto, situado aquí o allá; o como si fuera alguien que se acerca o se asoma de vez en cuando al escenario del mundo; o como si fuera alguien que viene y se va.

Una de las consecuencias de esta imagen de Dios es la experiencia de soledad e incertidumbre que puede darse en el creyente, pues éste no experimenta a Dios como alguien que está siempre presente. La revelación, además, se entendería como intervenciones esporádicas de Dios. Así, cuando algo no le parece que anda bien, entonces Dios mete la mano para modificarlo o arreglarlo.

2.7 El Dios Individualista

Cuando presentábamos la primera imagen de Dios como Todopoderoso, decíamos que el ser humano se mueve por el miedo. Y decíamos también que el ser humano no sólo se mueve por el miedo, sino que es alguien que busca sentido, quiere vivir con sentido y lucha por descubrir el fundamento o la realidad última de las cosas. Dicho con otras palabras, el ser humano busca su realización.

El problema aparece cuando la búsqueda de esa realización se convierte en algo propio, meramente personal. No se piensa en que los demás también andan en esa misma búsqueda de realización. Caemos entonces en una dinámica egocéntrica y terminamos haciendo de Dios una posesión exclusiva que incluso nos sirve para justificarnos. Terminamos por retirarnos del mundo y de la sociedad porque con Dios ya lo tenemos todo.

Es verdad que la relación con Dios es algo personal. Esto hay que decirlo. Pero esa relación no se puede convertir en una fijación excesiva en sí mismo. Con una imagen individual de Dios, el acento ya no se estaría poniendo en Él, sino en el sujeto mismo. Con ello se llega a desconocer la dinámica comunitaria de la fe. No hay ninguna preocupación por lo que ocurra con los demás, pues, únicamente interesa lo que pasa consigo mismo.

Con una imagen de Dios como esta, desembocamos fácilmente en la indiferencia ante lo que pasa en el mundo. Lo único que interesa es lo que sucede entre Dios y el sujeto, por lo que se llega a creer que nada de lo que se hace tiene repercusiones sociales. Lo que cada uno haga o deje de hacer solamente beneficia o daña a la misma persona, no a los otros. Cada uno, entonces, debe preocuparse de llevar su propia vida de manera correcta y no más. Si a lo anterior añadimos lo difícil que resulta para la gran mayoría la comprensión de la Trinidad; lo más fácil es no complicarse y seguir manteniendo que Dios es Uno, sin percatarse que con ello se pierde lo relacional y comunitario del Dios Trino.⁵⁷

Esta imagen de Dios tomó muchas más fuerza en la modernidad, cuando se llegó a colocar al sujeto en el centro con todos sus deseos de auto-realización, auto-exploración y auto-experimentación. Se suele asociar también con un cristianismo burgués, que piensa solamente en el pecado y en la salvación individual, en proporcionar un sentido de vida pero únicamente para el individuo y su familia.

En este sentido, hay más preocupación por el éxito personal que por el desarrollo comunitario y social; más preocupación por el fallo personal que por el dolor y el sufrimiento del prójimo. Así, deja de haber espacio para la práctica de la solidaridad. La religión se convierte en una cuestión de cultivo de la interioridad, pero carente de la compasión por los demás. Cultivamos el espíritu para pacificarnos, pero nos desentendemos de la situación de otras personas.

⁵⁷ Ver *Ibíd.*, 132-133.

Una de las consecuencias de esta imagen de Dios es que justifica el sistema, el estilo de vida y el modo como está organizada la sociedad moderna. Aquí, el cristianismo estará hecho a la medida de la sociedad y la cultura del mundo occidental satisfecho. Cuando se entra en contacto con realidades de dolor y sufrimiento, con aquellos que la pasan mal; lo máximo que se experimenta es lástima y consideración. En ningún momento habrá motivación para involucrarse y ayudar.⁵⁸ Es más, se puede llegar incluso a justificar a esas personas diciendo que tienen una mala relación con Dios.

Con esta imagen de Dios sería imposible orar con el Padre Nuestro, puesto que no es posible confesar la hermandad de todos y al mismo tiempo desentenderse de los demás.

2.8 El Dios Violento

Al igual que con el Dios manipulador, esta imagen para muchos puede no tener sentido y puede sonarles hasta loco e irrespetuoso referirse a Dios de esta manera. Sin embargo, con esta imagen se hacen mucho más evidentes los excesos a los que hemos llegado utilizándolo a Él. Si no, basta con recordar la cantidad de catástrofes, muertes y desastres que se le han causado a la humanidad en su nombre.

En efecto, es una imagen de Dios que no deja de causarnos contradicción y en la que no pocas veces caemos. Aquí, entonces, más que hablar de una imagen extendida de Dios, se trata de hacerle justicia a Él también, dejando de ensuciarlo en nombre de la violencia. Hay una clara manipulación de la divinidad cuando hacemos que se vea como alguien que legitima la violencia.

Hoy en día sabemos que, a lo largo de la historia, la religión y la política han estado mezcladas. Muchos caudillos y gobernantes, con tal de legitimar o deslegitimar el poder o el sistema dominante, o con tal de instaurar un nuevo régimen; han acudido a la autoridad más elevada,

⁵⁸ Ver *Ibíd.*, 134.

al Absoluto, a Dios. Por una parte, Dios resulta ser muy atractivo para los políticos e ideólogos para justificar su poder. Pero, por otra parte, también puede ser utilizado para denunciar y atacar el poder. Es clara entonces la ambigüedad de la religión frente a la violencia, pues puede ser fácilmente manipulada por el poder de turno o por las fuerzas que quieren resistirlo.⁵⁹

Uno de los peligros de esta imagen que hace ver a Dios como violento, es la tendencia que existe a mitificar los inocentes sacrificados. Es decir, tras la muerte de las víctimas, suele haber un período de tranquilidad, de reconciliación y de paz. Incluso, se puede llegar a ensalzar a las víctimas. Pero con eso, lo único que se logra es encubrir el horror y la violencia cultural.

Ahora bien, quienes no creen en Dios y quienes son politeístas, acostumbran presentar esta imagen como algo exclusivo de las religiones monoteístas. Para ellos, la creencia en un solo Dios hace que éste sea excluyente y violento, puesto que en una religión monoteísta se suelen rechazar otras formas de lo divino. Por tanto, no pareciera existir tolerancia respecto de las demás religiones al considerarlas falsas.

El monoteísmo sólo conoce una forma de lo divino, que además la presenta como única y verdadera. Así, el potencial de violencia del monoteísmo se enfatizaría con su pretensión de verdad exclusiva. No habría espacio para la diferencia, por lo cual, aquello que se considere falso o erróneo hay que eliminarlo. Entonces, como Dios es el único Dios verdadero, no tolera a nadie junto a él, así como tampoco a los seguidores de otros dioses. Pero la confrontación se puede dar incluso al interior de una misma religión, pues en ella también hay varias maneras de comprender a Dios.⁶⁰

Una manera de dejar de lado esta comprensión de la verdad como total y completa, así como de querer imponerla a los demás, es caer en la cuenta de que el Absoluto, el infinito,

⁵⁹ Ver *Ibíd.*, 155-156.

⁶⁰ Ver *Ibíd.*, 158-159.

precisamente por ser eso mismo, nadie lo puede agotar ni comprender totalmente. Por ende, será más correcto decir y entender que somos buscadores de la verdad, que podemos tener aproximaciones a ella, pero que no la poseemos completamente.

No podemos absolutizar las diversas manifestaciones de Dios. Ni siquiera el cristianismo, pues es una de ellas. De lo contrario, seguiremos haciendo violento a Dios. Si creemos que poseemos a Dios, lo vamos a seguir imponiendo. Pero, si caemos en la cuenta de que de él no podemos disponer, puesto que es inabarcable, inaprehensible; entonces ya no sólo no nos lo apropiaremos, sino que respetaremos la diversidad.

2.9 Necesidad de sanar las imágenes de Dios

Como nos hemos podido ir dando cuenta, la imagen de Dios tiene una importancia esencial en la vida de la fe cristiana. El ser humano a la hora de hablar de Dios, como ya lo hemos dicho, siempre funciona con imágenes y representaciones. Estas imágenes nacen de interpretaciones propias, de interpretaciones hechas por otros o de interpretaciones de otra época histórica, que nos llegan, y casi siempre las asumimos sin mucha reflexión.⁶¹

Entonces, para relacionarnos de un modo correcto con Dios, lo primero que debemos hacer es cuestionar las imágenes de Dios que muchos de nosotros tenemos en nuestra conciencia y que nos dificultan crecer a nivel relacional. Imágenes que han ido quedando grabadas y que nos las han transmitido nuestros padres, nuestros maestros, nuestros amigos o simplemente se nos fueron impregnando del medio ambiente cultural y religioso en el que nos movemos. Esta no es una tarea fácil, pues nuestras imágenes están asociadas a nuestros sentimientos, están vinculadas a nuestra manera de entender la realidad y la vida.⁶²

Sin embargo, no se trata ahora de que los seres humanos, a fuerza de pensar e investigar, lleguemos al conocimiento y a la comprensión de quién y cómo es Dios. Se trata, por el

⁶¹ Ver *Ibíd.*, 8.

⁶² Ver *Ibíd.*, 11

contrario, de que es Dios mismo quien se nos da a conocer, se nos comunica y ha sido Él mismo el que nos ha explicado quién es y cómo es.⁶³ En términos cristianos, “a Dios lo descubrimos, no mediante teorías o doctrinas, sino viendo lo que fue la existencia concreta de Jesús, su persona, su comportamiento, su estilo de vivir y sus costumbres. En definitiva, lo que (de cualquier persona) se mete por los ojos.”⁶⁴

Por tanto, habiendo presentado algunas de las imágenes de Dios que suelen estar presentes en nuestra sociedad; queremos atrevernos a proponer una imagen de Dios que transforme de alguna manera las anteriores y favorezca un encuentro personal del creyente con la divinidad. Una imagen de Dios que promueva la dignidad humana, la comunión fraterna, la libertad e incluso, la alegría de vivir.

En el plano de la fe y la teología cristianas, creemos “que sólo recuperando la praxis de Jesús y la experiencia religiosa de Jesús es como nosotros podemos resolver el problema de Dios.”⁶⁵ Jesús cambió el concepto de Dios y Jesús cambió el modo de encontrar a Dios.⁶⁶ Esto es lo que intentaremos mostrar en el siguiente y último capítulo.

⁶³ Ver Castillo, *Dios y Nuestra Felicidad*, 24.

⁶⁴ *Ibíd.*, 27-28.

⁶⁵ *Ibíd.*, 67.

⁶⁶ Ver *Ibíd.*, 38.

3. LA IMAGEN DE DIOS QUE DESCUBRIMOS EN JESÚS

Antes de comenzar con nuestro cometido para esta tercera parte, recogeremos brevemente el camino recorrido hasta ahora. En el primer capítulo hemos presentado la importancia del símbolo, no sólo porque es un instrumento de conocimiento que sobrepasa la capacidad del pensar conceptual y teórico, sino también porque nos permite comprender, interpretar y comunicar la experiencia. De ahí la necesidad de recuperarlo para la teología por su capacidad evocadora y su fuerza autoimplicativa en la comunicación; de manera que el ser humano pueda narrar con profundidad aquello que percibe.

En el segundo capítulo hemos expuesto algunas de las imágenes de Dios recurrentes en nuestra sociedad, con el fin de hacer notar cómo ellas influyen y tienen impacto en la vida del ser humano. Hemos insistido en que nuestra imagen de Dios impacta nuestra vida y la manera como nos relacionamos a nivel personal y social, puesto que dichas imágenes están vinculadas con nuestra manera de entender la realidad y la vida. Pero también ocurre lo contrario, es decir, las representaciones de Dios se corresponden con las situaciones históricas y culturales en que estamos inscritos. A partir de esta exposición, hemos visto la necesidad de cuestionar las imágenes recurrentes de Dios con el fin de caminar en una dirección que nos permita crecer y madurar espiritualmente.

Nuestra tarea, para esta última parte del trabajo, consistirá en sugerir una imagen de Dios que ayude al creyente a tener su propia experiencia de la divinidad. Una imagen que transforme y supere aquellas que anteriormente hemos presentado. No vamos a proponer nada nuevo, lo que intentamos es *hacerle justicia a Dios* tratando de relacionarnos con él a partir de la imagen que él mismo nos ha mostrado.

Por eso, Dios tuvo que revelarse, tuvo que darse a conocer. Para que los seres humanos, al tener un referente último certero y correcto, pudiéramos también tener en la vida un modo de proceder verdaderamente humano. En este sentido, Rahner dijo, con razón, que lo esencial que el Nuevo Testamento enseña acerca de los atributos de Dios no es, pues, una doctrina

abstracta sobre la esencia metafísica de Dios, sino un mensaje sobre el rostro concreto y personal que él muestra en el mundo. Ahora bien, el rostro concreto y personal de Dios en el mundo se ha revelado en un hombre. En el hombre Jesús de Nazaret.⁶⁷

3.1 Necesidad de una crítica cristiana de las imágenes de Dios presentes en la cristiandad

Para muchas personas, escuchar hablar de Dios muy raramente las lleva a pensar en la felicidad o en la alegría de vivir. Por el contrario, cuando se toca el tema de Dios, muchos lo suelen asociar con la prohibición de cosas que nos gustan y nos hacen felices, con la obligación de tener que hacer otras cosas que resultan pesadas y desagradables.⁶⁸ Así, el problema pareciera centrarse en tratar de presentar a Dios de una manera más atractiva o conveniente, lo cual no soluciona nada.⁶⁹

Lo que le ocurrió al cristianismo, y a los cristianos en particular, desde sus orígenes, fue que siguieron pensando en Dios como lo había hecho el pueblo de Israel a lo largo de toda su historia. Es verdad que en esta manera de entender a Dios entraban la bondad y la misericordia, pero junto con ello, también se asociaba el castigo divino.⁷⁰ Ocurre entonces que Dios es bueno y misericordioso, pero no con todos, sino solamente con los justos.

Naturalmente, un Dios de esta naturaleza le viene divinamente a todo grupo o categoría de personas religiosas que, no sólo tienen la seguridad de que ellos son los poseedores de la verdad sobre Dios, sino que además pretenden imponer esa verdad a todos los que no piensan y viven como ellos. Por eso, el Dios justiciero y amenazante suele ser el Dios que mejor les cuadra a los grupos fundamentalistas y fanáticos, como era el caso de los fariseos en tiempo de Jesús. Como también es el Dios más práctico y eficaz para los que pretenden ejercer un poder absoluto e incuestionable sobre las conciencias de la gente.⁷¹

⁶⁷ Castillo, José María. *Dios y Nuestra Felicidad*. Bilbao, España: Desclée de Brouwer, 2006. P. 25.

⁶⁸ Ver *Ibíd.* P. 13.

⁶⁹ Ver *Ibíd.* P. 21.

⁷⁰ Ver *Ibíd.* P. 63.

⁷¹ *Ibíd.* P. 88.

Por lo demás, muchas personas que se consideran profundamente religiosas, conciben la religión de manera que lo central para ellas, no es Dios, sino las cosas, acciones o personas que están relacionadas con la misma religión. “Por ejemplo las normas religiosas, los rituales y sus ceremonias, la autoridad y el poder de los sacerdotes, los títulos y dignidades, la obediencia y el sometimiento de la gente, o el hecho de aparecer ante la sociedad como personas ejemplares e intachables.”⁷²

Lo que resulta de los comportamientos o actitudes descritos anteriormente, es una imagen de Dios que no se corresponde con el anunciado por Jesús. El Dios que nos muestra Jesús es un Dios que se identifica con lo humano. “Y es, por tanto, no el Dios que somete, amenaza y castiga, sino el Dios que responde y corresponde a las apetencias de respeto, dignidad y felicidad que todos llevamos inscritas en la sangre de nuestras ideas más queridas y en los sentimientos más auténticos y nobles de cualquier ser humano.”⁷³

En el capítulo segundo, de un modo breve, hemos tratado de ilustrar esta problemática. A través de esas imágenes de Dios, que creemos que están distorsionadas, hemos presentado cómo el ser humano ha proyectado todo aquello de lo que carece y apetece en Dios. Sobre todo, las dos cosas que más anhelamos: el poder y la bondad. Así, nos hemos imaginado a un Dios infinitamente poderoso e infinitamente bueno. Tanto, que tiene que ser otro con relación a las realidades de este mundo; un tú extraño en relación con el ser humano.⁷⁴

Sin embargo, hablar de Dios nunca ha sido fácil. A medida que ha avanzado la historia, las personas se han ido dando cuenta que no es posible hablar de Dios como lo hacían sus antecesores. Los cambios culturales y religiosos hacen que también se modifiquen las representaciones que los hombres y mujeres hacen de Dios. La trascendencia siempre nos supera y nos desborda, así le pongamos los títulos más solemnes y grandiosos.

⁷² *Ibíd.* P. 86.

⁷³ *Ibíd.* P. 207.

⁷⁴ Ver Castillo, José María. *La Humanidad de Dios*. Madrid: Trotta, 2012. P. 42-44.

Frente a este panorama, el interrogante que surge es el siguiente: ¿cómo podemos corregir o sanar las imágenes del Dios contradictorio, violento, manipulador, individualista, todopoderoso, al que nos hemos acostumbrado? Aquí hay que tener claro que el problema no radica en Dios, sino en las representaciones que nos hemos hecho de él. Por eso, si seguimos pensando en la fe sólo como creencia, es decir, como un conjunto de saberes que afirmamos y defendemos racionalmente; y no como una convicción personal, esto es, como un conjunto de formas de conducta y hábitos de comportamiento; entonces la pregunta anterior no tendría salida alguna.⁷⁵

Para que la relación con Dios pueda tener sentido (ahora sobre todo), y pueda ser acogida por las gentes de nuestro tiempo, ha de ser una relación fundamentada no en *creencias centradas en la metafísica del ser*, sino una relación que se centra y consiste en *la praxis histórica que se realiza en la historia del acontecer*. [...] Pues bien, cualquiera que tome la Biblia en sus manos, lo que descubre en ella no son *especulaciones sobre el ser* de Dios extraídas de la metafísica, sino *relatos del acontecer* extraídos de la historia. Y es en esos relatos, *siempre vinculados a la conducta, al comportamiento humano*, en los que descubrimos a Dios y en los que podemos encontrar la *representación del Trascendente*.⁷⁶

Si es verdad la dinámica que acabamos de describir, será necesario pensar y hablar de Dios de otra manera. Ya hemos visto, en las imágenes que presentamos en el capítulo anterior, que dichas representaciones de Dios han generado confusión, división, enfrentamientos, miedo, humillaciones, guerra y muerte.

Recordemos aquí lo ya dicho en la primera parte de nuestro trabajo. El ser humano no actúa únicamente desde lo que le aporta el discurso racional. Si así fuera, el problema de Dios sería imposible de resolver. El ser humano, además de contar con su propia razón, con contenidos mentales; está condicionado y determinado también por experiencias vitales que sólo se

⁷⁵ Ver *Ibíd.* P. 54.

⁷⁶ *Ibíd.* P. 54-55.

pueden comunicar por medio de símbolos. Es el símbolo el que nos permite comprender cómo el Trascendente se nos hace presente en nuestra inmanencia.

¿Cuál es entonces la propuesta? Para abordar el problema de la imagen de Dios hay que volver a Jesús. Hay que afirmar, así para algunos suene fuerte, que el centro del cristianismo no es Dios sino Jesús. Esto es así porque, si queremos decir algo serio y honesto sobre Dios y lo que él representa para nosotros, debemos tener presente que *a Dios nadie lo ha visto, sólo el Hijo* (Jn 1,18). Es en Jesús, en un ser humano, en donde se nos revela, se nos da a conocer, se nos manifiesta el Trascendente.⁷⁷

En este sentido, vamos entonces a presentar la imagen de Dios que descubrimos en Jesús para verificar si, efectivamente, es una imagen que favorece el encuentro personal del creyente con la divinidad y, además, es una imagen que ayuda en la comprensión y el anuncio de la experiencia.

3.2 Jesús imagen de Dios invisible

Ya hemos insinuado que, para los cristianos, toda imagen de Dios que no se adecúe con la manera de hablar y comportarse de Jesús es inexacta. Dios se nos ha revelado en Jesús y, es en su humanidad en donde se nos hizo visible y palpable la imagen de Dios. Entonces, a Dios no debemos buscarlo arriba en el cielo, sino aquí abajo en la tierra, en nuestras relaciones interpersonales. La imagen de Dios no es la de las figuras sagradas, sino la del prójimo que nos necesita. “Dios se ha identificado con el hombre y por eso para relacionarse con Dios hay que preguntarse cómo se comporta uno con el prójimo.”⁷⁸

Jesús nos ha mostrado que nuestro encuentro y nuestra relación con Dios se dan en la práctica diaria de la vida, en lo cotidiano, en lo sencillo y hasta en lo vulgar, realizado humanamente y en las circunstancias propias de nuestra condición humana. Dicha praxis nos va llevando a

⁷⁷ Ver *Ibíd.* P. 61-62.

⁷⁸ Castillo, José María. *Dios y Nuestra Felicidad*. P. 105. (Revisar cita)

descubrir que: 1) el Dios de Jesús es un Dios que se vacía a sí mismo; 2) el Dios de Jesús es un Dios que se ha humanizado y; 3) el Dios de Jesús es un Dios al que se le encuentra en cada ser humano.⁷⁹

Que Dios se vacíe de sí mismo quiere decir que él ha renunciado a todo tipo de poder, de grandeza y de majestad. Así, Dios no ha querido ni pretendido imponerse a nadie. En este sentido, se ha alejado del poder que domina y que impone sus propios intereses, sus propios puntos de vista, sus propias ideas. Vaciar de sí mismo es, entonces, estar siempre dispuesto, disponible e interesado en las necesidades de los demás. De este modo se nos revela su Trascendencia, que consiste en ir más allá del propio deseo, querer e interés.

Reconocer que Dios se ha humanizado es empezar a conocerlo, pues conociendo a Jesús es que conocemos a Dios. Jesús se preocupó por los asuntos de los demás, de donde se puede decir que, si a Jesús lo que le interesaba eran las personas, entonces con mucha más seguridad, podemos decir que allí encontraba a Dios. Por tanto, es a través de lo humano y en el encuentro con lo humano, en donde vemos a Dios y nos relacionamos con él.

Si Dios se ha humanizado en Jesús, podemos preguntar legítimamente si sólo lo hizo en esa persona terrena y particular que fue Jesús, o si a Dios lo podemos encontrar también en cada ser humano. Todo parece indicar que lo segundo es igualmente posible. No obstante, hay que distinguir entre la encarnación plena de Dios en Jesús y una *encarnación continuada* que podríamos decir que se da en nosotros. Es decir, cada ser humano está llamado a ser *alter Christus*, pero no a ser cada uno, en sí mismo, Cristo.

Al dar una mirada a varios de los pasajes evangélicos⁸⁰, lo que allí salta a la vista es que, lo que importa en la relación con Dios no son las creencias, ni las ideas religiosas, ni el seguimiento de determinadas doctrinas, sino la forma en que nos comportamos con los demás.

⁷⁹ Ver Castillo, José María. *La humanidad de Dios*. P. 65.

⁸⁰ Ver Mt 10, 40; Lc 9, 48; Lc 10, 16; Mt 25, 31-46.

En este sentido, lo que hagamos o dejemos de hacer con nuestros prójimos, en últimas, lo estamos haciendo o dejando de hacer con Dios.

Jesús nos marca el camino de nuestra humanización porque el proyecto de vida que nos trazó consiste en *no querer nunca estar sobre los demás, dominar o someter a los demás, sino estar siempre con los demás, especialmente con los últimos, con los que están más abajo y son por eso las víctimas de la historia*. Una vida entendida así, se traduce en respeto, tolerancia, estima, dignidad para todos, unión entre todos, solidaridad con todos y felicidad compartida.⁸¹

Ahora bien, lo que Jesús hizo no fue acabar con lo sagrado ni negar a Dios. Jesús cambió la manera de relacionarnos con Dios. Nos hizo caer en la cuenta que lo sagrado no es externo ni ajeno a lo humano, así como tampoco es lo opuesto a ello. Por el contrario, Jesús desplazó lo sagrado y lo puso en el ser humano, haciendo de lo sagrado parte de nuestra humanidad. Con ello, Jesús cambió radicalmente nuestra manera de entender la vida y nuestra manera de vivir.

En el modo de relacionarse con su Padre, Jesús nos muestra que la relación con Dios no se establece desde la autoridad y el poder de quien está por encima; sino desde la cercanía, la confianza, la comprensión, la tolerancia y el amor. Por tanto, podemos decir que Jesús no solamente se encontraba con su Padre en el Templo, ni se relacionaba con él en el tiempo del culto religioso. Jesús hablaba con Dios y de Dios “en el *espacio profano* del campo o del monte y en el *tiempo profano* de la convivencia con la gente, con toda clase de gente.”⁸²

En el Nuevo Testamento encontramos diversas expresiones que nos ayudan a entender el modo como Jesús nos da a conocer a Dios, el modo como nos lo revela. Allí se afirma, por una parte, que Cristo es imagen del Dios invisible (Col 1,15). Esto quiere decir que Dios en sí mismo es invisible, no está a nuestro alcance, trasciende lo sensible, nos es desconocido e inalcanzable. Pero, es este mismo Dios quien se nos hace visible, se pone a nuestro alcance,

⁸¹ Castillo, José María. *La Humanidad de Dios*. P. 79-80.

⁸² Castillo, José María. *La Humanización de Dios. Ensayo de Cristología*. P. 109.

precisamente en Jesús. Por tanto, si se habla de una imagen visible, no es otra cosa que el Jesús terreno.⁸³

De este modo, quizá nos sea más fácil comprender que no fue Jesús el que ascendió a la condición divina, sino que fue Dios mismo quien descendió a nuestra condición humana y creada. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, la imagen por muy perfecta que sea no fija, determina, limita ni encierra todo lo que es Dios. Es decir, que Jesús sea pleno, no significa que nuestra comprensión de él sea igualmente plena. En ese sentido, Jesús es un símbolo que desborda las pretensiones propias del símbolo, puesto que él mismo es lo simbolizado.

Por otra parte, a la hora de hablar de Dios es importante tener en cuenta que Él no es un individuo, sino que Dios es comunidad: la Trinidad. En tanto comunidad, la Trinidad es más un símbolo que una teoría, puesto que nos vincula con una realidad Trascendente. Más que una figura metafísica o una esencia metafísica, la Trinidad genera una dinámica de relación para con Dios. La comunidad resulta de las relaciones personales en las que cada persona es aceptada como es y cada una se abre a la otra y da lo mejor de sí misma.

En este sentido, de esta imagen de Dios surgirían por lo menos tres tipos de vinculación: un vínculo de paternidad y filiación, en donde el creyente se siente hijo del Padre; un vínculo de fraternidad, en el que todos nos sentimos hermanos en el Hijo; y un vínculo de vitalidad referido al dinamismo y a la fuerza que nos viene del Espíritu.

De esta manera, en Jesús podemos ver con claridad lo que podríamos llamar el *sueño solidario y comunitario de Dios*. El establecimiento de relaciones fraternas que impulsan la construcción de humanidad. La solidaridad nos lleva a preocuparnos por las injusticias, por el sufrimiento de los otros, por mejorar las condiciones de vida de todos y hacer comunidad.

⁸³ Ver *Ibíd.* P. 124.

Así, Jesús es la imagen de Dios invisible y creemos importante rescatarlo en tanto que imagen simbólica.

En el Antiguo Testamento el amor al prójimo como sí mismo constituye la experiencia de solidaridad de grupo. Pero sólo el pariente o el ser cercano ha de ser tratado como otro *yo*. Por esto, la fraternidad para con unos implica siempre la enemistad para con otros. Sin embargo, Jesús amplía el concepto de prójimo hasta el punto de abarcar a los enemigos.⁸⁴ No encontró un medio más efectivo para hacer caer en la cuenta a sus oyentes que Dios es solidario, que es un Dios que incluye a todos los seres humanos. La contradicción natural existente entre *prójimo* y *enemigo*, entre *íntimos* y *extraños*, ha de ser superada de tal forma que los enemigos se conviertan en parientes y los extraños en íntimos.

Esta imagen de un Dios solidario y comunitario también la tuvo que aprender Jesús. Él no nació perfecto y tuvo que ir superando su mentalidad y cultura judía. En el encuentro con la mujer siro-fenicia⁸⁵, Jesús descubre que para Dios nadie merece el desprecio. Ella le enseñó a ser solidario, a ser incluyente, a ser tolerante y a rechazar el nacionalismo y la prepotencia. Sin lugar a dudas, fue un encuentro que debió transformar la existencia de Jesús y hacerlo sentir más plenamente humano.

En efecto, respecto de las situaciones que generan muerte y de la experiencia del mal presente en el mundo, Dios se nos hace presente en Jesús como el anti-mal, Aquel que busca en nosotros sus colaboradores para luchar y hacer frente a todo lo que hace sufrir a la humanidad, todo lo que causa miseria, pobreza y produce violencia. Él mismo es Vida y quiere que los seres humanos también la tengamos. Por eso su amor hacia nosotros es desconcertante, porque se manifiesta en la cruz, que es amor entregado, débil, discreto, expuesto, radical, solidario.

⁸⁴ Cf. Lc 6, 32.

⁸⁵ Cf. Mt 15, 21-28.

Además, la Escritura nos dice que junto con la imagen está la palabra por medio de la cual se comprende la relación con Dios. Si nos quedamos sólo con la imagen, tenemos únicamente a un hombre de carne y hueso como cualquier otro. Pero, si a esa imagen le añadimos lo que hizo y lo que dijo, entonces podemos ver en ese hombre la presencia inmediata de Dios. Ya no sólo veremos la imagen sino a Dios mismo, de alguna forma.⁸⁶

Jesús, según el Evangelio de Juan, es la Palabra de Dios (Jn 1,1). No obstante, aquí la palabra no la debemos entender como hoy en día comúnmente la utilizamos. Es decir, como portadora de información o el medio por el cual expresamos nuestras ideas. Esta palabra está unida a la acción, tiene un poder que repercute en la realidad. Recordemos la siguiente expresión: *ésta sí es una persona de palabra*. Cuando nos referimos sobre alguien con dicha frase, estamos reconociendo que lo que dice y hace aquella persona se corresponden, no son dos cosas que nada tienen que ver.⁸⁷

Dicha coherencia entre la palabra y la acción en una persona hace que prácticamente se confundan las dos. Así, cuando la unidad y la correspondencia es tal, a esa persona se la puede definir como su misma palabra. Entonces, en el caso de Jesús, lo que ocurre es que cuando él se expresa, habla y dice algo, nos está comunicando lo que Dios quiere decirnos. De la misma manera que ocurre en el relato de la creación en el Génesis: Dios dice haciendo. En el Nuevo Testamento, igualmente: Dios dice en Jesús, es decir, lo que dice y hace Jesús es lo que Dios quiere para todos.

Ahora bien, en el mismo prólogo del Evangelio de Juan, se afirma que Jesús no sólo es la Palabra de Dios, sino que la Palabra se hizo carne (Jn 1,14). Una vez más comprobamos que más que una elevación del hombre a la condición divina, lo que se da es el descenso de Dios a la condición humana. Esto puede explicar también, por qué los comportamientos de Jesús no lo llevaron a buscar el poder, el reconocimiento, la exaltación o el estar por encima de los demás.

⁸⁶ Ver Castillo. *La Humanización de Dios*. P. 126.

⁸⁷ Ver *Ibíd.* P. 127.

La forma de ser de Jesús, por el contrario, lo llevó siempre hacia lo más sencillo, a hacerse cercano, no como un ser superior, divino, sino demasiado humano. Este modo como Dios se hace presente en el mundo, abajándose o descendiendo, es la misma dinámica que él quiere para los seres humanos. No se trata de buscar elevarnos, subir, estar por encima de los demás, sino servir, bajar, mantenernos unidos a los otros. Allí, es donde quiere que lo busquemos y encontremos.⁸⁸

Siguiendo esta misma lógica. Es quizá en el himno de Filipenses (Flp 2,6-7) en donde encontramos expresada de la manera más clara posible lo que implicó el descenso de Dios en Jesús. Una lectura atenta nos llevará a caer en la cuenta que en este himno Dios se *auto-destruyó*, se vació de sí mismo, se negó a sí mismo para poderse revelarse y entregarse completamente a nosotros. Pero, con esto no estamos diciendo que Dios dejó de existir, sino que al renunciar a todo su poder y autoridad, a toda su grandeza y majestad, nos mostró el único camino por el que podemos acceder a lo divino, esto es, lo humano.⁸⁹

En efecto, Jesús nos da a conocer quién y cómo es Dios. Sin embargo, desde nuestra condición humana, desde nuestra inmanencia, sólo podemos acceder a lo que está a nuestro alcance. La Trascendencia siempre nos desborda. Por tanto, el conocimiento de Dios nos ha quedado demarcado y concretado por lo que fue la historia y la vida de Jesús.

El Dios de Jesús no nos saca de lo humano para introducirnos en otro nivel de realidad superior. La realidad más alta y más sublime, para Jesús, es precisamente la realidad más simple, la más modesta y sencilla, la más cotidiana, la que se identifica con lo último de este mundo. La realidad en la que lo ético, lo social y lo teológico se funden en lo normal de nuestras vidas. En definitiva, con todo esto quiero recordar sencillamente que, si Dios es amor, al Dios de Jesús lo encontramos en la cotidiana y sencilla, pero también sobrecogedora, experiencia del amor a alguien, de cariño a los demás.⁹⁰

⁸⁸ Ver *Ibíd.* P. 129-130.

⁸⁹ Ver *Ibíd.* P. 136-137.

⁹⁰ *Ibíd.* P. 146-147.

Dios se nos da a conocer en una humanidad que trasciende cualquier manifestación de inhumanidad. Y esto es Jesús, su vida y su historia. Él supera y elimina cualquier signo de deshumanización y así trasciende lo humano. Por esto es que podemos descubrir en Jesús más que un simple hombre. Él es la limpia y perfecta humanización de Dios y la demostración más fuerte de su trascendencia al superar la incomprensión, la intolerancia, la exclusión y cualquier otra expresión de inhumanidad.⁹¹

En resumen, el Dios que nos muestra Jesús, el Dios que se nos dio a conocer en Jesús, lo encontramos en lo humano antes que en lo sagrado o en lo religioso, como algo contrapuesto a lo simplemente humano. Aquello sólo es aceptable en la medida en que nos humanice. De lo contrario será un ídolo que nos separa, nos divide o nos enfrenta.

3.3 Jesús frente a las imágenes recurrentes de Dios

El pueblo de Israel, a lo largo de su historia fue comprendiendo a Dios y relacionándose con él de diversas maneras. A partir de dichas comprensiones fue elaborando su propia imagen de la divinidad. Sin embargo, la imagen de Dios que se desprende del decálogo fue quizá la que pasó con más fuerza hacia los cristianos. Si bien es cierto que tales prescripciones contienen unas propuestas que le permiten al ser humano relacionarse de cierta manera con los demás y vivir adecuadamente en comunidad, se quedan cortas a la hora de explicar el tipo de relaciones que Dios realmente quiere y que a Él lo caracterizan.

Sin demeritar lo bueno que hay en la concepción del pueblo judío, nos es posible pensar que son precisamente esas imágenes de poder, de gloria, de majestad, entre otras; las que han sido asumidas por los *victimarios cristianos* para justificar sus actuaciones sin importar lo que suceda con las demás personas, incluso con sus mismos hermanos en la fe. La teología aquí tendrá que seguir insistiendo en el paso de una imagen de Dios centrada en la manipulación,

⁹¹ *Ibíd.* P. 199.

la prohibición, los sacrificios; hacia una imagen centrada en el único mandamiento propuesto por Jesucristo, el Amor.

Dependiendo de dónde provenga nuestra imagen de Dios, leeremos e interpretaremos los hechos de la historia de un modo diferente. Por tanto, si queremos liberarnos del esquema de la ley y realizarnos como seres humanos, habrá que fundamentar nuestra práctica cristiana en el Amor. “Un Dios que garantiza el esquema de la ley no es un Dios totalmente otro, sino un Dios con el que se puede negociar y que, por tanto, siempre puede ser convertido en un ídolo manipulable”.⁹²

Señalemos, entonces, algunas de las características propias de Dios que salen a flote cuando estamos en la dinámica del amor. Características en las que podemos identificar algunas de las funciones del símbolo expuestas en el primer capítulo y que corresponden también con la praxis de Jesús en tanto imagen visible del Dios invisible.

a. Frente al imaginario de un Dios que está de parte de los buenos y en contra de los malos; Jesús nos presenta un Dios que no excluye a ningún tipo de personas, un Dios que se entrega gratuitamente a todos por igual.⁹³ Este es quizás el rostro de Dios más difícil de reconocer en el contexto de quienes sufren o se encuentran marginados, pues ellos muchas veces sienten que los han abandonado, que Dios los ha dejado solos y que están *pagando* por algo malo que hicieron, pero que en realidad no saben qué es.

Sin embargo, quienes dentro de ellos logran conocer y experimentar a Dios, sienten como ningún otro la cercanía profunda y la compañía que Él siempre ha tenido con ellos. Podríamos decir entonces que el proceso de divinización en estas personas, su transformación y configuración con Dios, no se lleva principalmente en su actuar, sino que se da en su

⁹² GONZÁLEZ, Antonio. *Teología de la praxis evangélica*, 282.

⁹³ Para ilustrar esto, podríamos considerar el diálogo que Jesús sostiene con la mujer samaritana (Jn 4, 1-45) o la cena que quiere tener en casa de Zaqueo (Lc 19, 1-10).

experiencia de pasividad. Esto “significa sencillamente que todo cuanto en nosotros no se realiza por definición, se siente.”⁹⁴

Jesús al romper con este esquema de méritos, es buena noticia para todos los derrotados de la historia, porque rompe con la lógica que señala al que sufre como responsable de sus propias desgracias.⁹⁵ Se rompe también con la creencia en que los buenos serán los que se van a salvar y los malos a condenar, porque la seguridad ya no estará en el poder y en el dinero, sino en el amor.

Es un dinamismo en el que las personas se van descubriendo a sí mismas y se van dando cuenta que a pesar de sus esfuerzos es Dios el que está en el origen de todo. En esta característica se puede palpar la función exploratoria del símbolo. Esto es, el creyente extiende el campo de su conciencia y capta de una cierta manera una relación que la razón no puede definir, ya que implica algo vago, desconocido y oculto.

Además, frente a esta imagen de Dios, Jesús nos ha hecho ver a Dios como a un amigo, como a alguien cercano. Para Jesús, Dios no es alguien lejano y distante que está por fuera de la realidad. Al contrario, Jesús sabe que Dios es alguien que se preocupa por las personas, que se implica en lo que les sucede. Por eso, Jesús acude siempre al encuentro del otro, porque sabe que allí también se juega la relación con Dios.

b. El esquema de la ley, impuesto por los poderosos, por los dominantes y opresores, no funciona con los últimos de este mundo a la hora de relacionarse unos con otros. Quienes han sufrido la injusticia, el maltrato, la humillación, entre otras calamidades, en la gran mayoría de casos, lo único que piden es justicia, saber la verdad de lo que pasó, no ser engañados con *cuentos falsos* sobre las diversas situaciones por las que han atravesado. Muchas veces ni siquiera piden castigos para sus verdugos, pues saben que el daño hecho no puede ser

⁹⁴ Teilhard de Chardin, *El medio divino*, 52.

⁹⁵ Lc 16,19-31; Lc 18,9-14.

reparado con condena alguna, sino que necesitan recobrar la paz, la tranquilidad, la esperanza, mediante actos de reconciliación verdadera que están por encima de la ley.

De este modo, las víctimas reflejan la imagen de un Dios que no pide venganza, sino que es misericordioso y busca la reconciliación de unos con otros. Una correcta imagen de Dios puede llegar a tener una función terapéutica al permitir expresar una realidad que responde a múltiples necesidades y que es algo profundamente sentido.

[...] construimos una comunidad de memoria viniendo de diferentes lugares del país... [...] Cuando mataron a nuestros esposos, nuestros hijos estaban muy pequeños, no conocieron a sus papás, todas las familias estaban en proceso de construcción, estábamos casi todos recién casados. Esto fue lo que nos llevó a trabajar por la justicia; para que nuestros hijos sepan que no les pueden matar a sus seres queridos y nosotros quedarnos indiferentes. Nosotros estamos luchando por nuestros seres queridos. También estamos luchando para que nuestros hijos sepan, y la sociedad en general, que se debe hacer justicia. Nosotros nos hemos convertido como en una familia.⁹⁶

En esta imagen de Dios nos damos cuenta también de la importancia del recuerdo, de la memoria, como elemento central para la praxis cristiana. El recuerdo y la memoria como herramientas pedagógicas, pues son categorías que salvan la identidad amenazada. El recuerdo se puede constituir en elemento peligroso para los verdugos, puesto que pone en entredicho y cuestiona el sistema vigente y las determinaciones socio-económicas del presente. La memoria de lo ocurrido lleva a reaccionar contra una historia que no se quiere repetir y a reclamar por una nueva realidad, por un nuevo estado de cosas.⁹⁷

La lógica de la ley se rompe con la lógica del amor. Todos los relatos de curaciones que ocurren en sábado nos presentan a un Jesús que pone al ser humano por encima de las leyes y normas. Éstas sólo hay que cumplirlas cuando favorezcan la justicia, la equidad, la dignidad

⁹⁶ Testimonio citado en el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica. 335.

⁹⁷ Cfr. Metz, *La Fe, en la historia y la sociedad*, 72-73.

de las personas. De lo contrario, habrá que desobedecerlas no sólo para no dejarse manipular por quienes las han elaborado, sino para realmente hacer la voluntad de Dios.

c. Desde Jesús y desde los marginados de la historia se refleja igualmente un Dios que busca crear relaciones entre personas y no relaciones de transacción. A pesar de sus penas, angustias y sufrimientos, los pobres y las víctimas nos enseñan a descubrir la alegría de compartir la vida. Es cierto, sufren; pero no están tristes. Nos muestran cómo en medio de las dificultades se puede vivir la solidaridad, la fraternidad, la comunión y el amor.

El Dios que nos enseña Jesús no pide sacrificios, no pide hacer demasiadas cosas para alcanzar su amistad o favor. La relación que se establece con Dios no es de intercambio sino de gratuidad. Al comportarme al modo de Jesús, yo no me entrego, me preocupo, sirvo, acojo o ayudo al otro porque espero algo a cambio o porque siento que le debo algo, sino porque siento una fuerza interior que me impulsa a salir de mí mismo para compartir la vida y dar más vida a los demás.

Aquí descubrimos a un Dios que no es individualista; por el contrario, descubrimos a un Dios que le encantan los pueblos, las comunidades, los grupos, las familias, la iglesia. La función mediadora del símbolo, Jesús, se hace evidente al tender puentes, reunir elementos separados, enlazar y operar una fuerza centrípeta que establece un centro de relaciones al cual se refiere lo múltiple y donde se encuentra su unidad.

Efectivamente, el ser humano busca su propia realización. Pero, dicha realización no la logra de manera aislada, sino sólo cuando está inserto en una dinámica comunitaria. Digámoslo de esta manera: A Jesús lo consideramos la imagen de Dios porque no se preocupó únicamente por su propio bienestar, sino por el bienestar de los demás. Fue consciente que sus palabras y acciones tenían repercusiones sociales. No se desentendió del dolor y el sufrimiento del prójimo, sino que fue compasivo y misericordioso.

d. El anterior rostro de Dios nos lleva a enunciar este último: las dinámicas de vida que se presentan en las relaciones interpersonales, especialmente entre los pobres, nos descubren a Dios encarnado. Un Dios que no es ajeno al dolor y a la muerte; un Dios que escoge sufrir con el que sufre, dolerse con el enfermo, morir con el que muere. Pero no para quedarse simplemente como un acompañante que está en las buenas y en las malas, sino para hacernos caer en la cuenta que las situaciones extremas y de muerte no tienen la última palabra, hay que transformarlas.

Jesús, con su pasión, nos enseña que a la violencia no se responde con más violencia. Enfrentar al enemigo no quiere decir eliminarlo. Al liberarnos del esquema de la ley, Jesucristo nos posibilita justificar una praxis transformadora, una praxis que compromete a la persona con la realidad. Esta práctica revelará, sin lugar a dudas, una nueva imagen de Dios: comprometido, sufriente, misericordioso, humano, acogedor, rehabilitador, justo, amoroso. El actuar del cristiano no se acaba ni en lo ético ni en lo jurídico. Hay algo que lo mueve a ser más solidario, a ir más allá de los acuerdos, consensos y dinámicas propias del mundo.

Hay una dinámica que lo impulsa a dar más, a proyectarse a partir de lo que ha recibido, a identificarse con los excluidos y con los pobres, y ésta es la dinámica del amor. Aquí se evidencian las funciones transformadora y trascendente del símbolo. Por su carga afectiva, el ser humano se siente impulsado no sólo a transformar su realidad, sino a transformarse él mismo desde dentro; a religar y armonizar fuerzas antagonistas y superar oposiciones. El encuentro con Jesús interpela y transforma. Por tanto, si no se da ese encuentro, no es posible salir de la propia individualidad.

“La idea bíblico-cristiana de Dios es, [...] una idea esencialmente práctica. [...] Una idea que se opone a la formación de una identidad del sujeto centrada en el tener y el poseer y que hace del sujeto un sujeto solidario.”⁹⁸ Por tanto, la invitación a construir comunidad desde

⁹⁸ Metz, 78.

una verdadera solidaridad sigue estando abierta: una solidaridad que nos manda no imponer la identidad individual contra otros grupos y clases más débiles, socialmente deprimidos y excluidos, sino con ellos.

3.4 ¿Cómo presentar al Dios que nos muestra Jesús?

La praxis cristiana no está sujeta a solo una obligación ética, pues si estuviera basada sólo en el ámbito ético, la praxis estaría determinada por lo que es y por lo que produce; esto es, la retribución. De la misma forma, cuando la praxis se comprende en la correspondencia entre nuestras acciones y sus resultados, estamos ante el esquema de la ley. En este esquema, quien no cumple con las condiciones impuestas se halla amenazado por el castigo y el fracaso histórico.

Con lo expresado hasta el momento, sabemos que Dios no debe ser representado ni convertido en un ídolo que genere miedo, temor, sumisión, represión o rechazo. El Dios que Jesús nos ha querido revelar no puede ser esto. No obstante, debemos acercarnos a las imágenes con respeto y admiración, pues debemos ser conscientes que Dios es una realidad inagotable e interminable.

Cuando la imagen de Dios se distorsiona, lo humano y lo divino resultan muy difíciles de armonizar. Incluso, ambas esferas se ven como dos dimensiones de la realidad que entran en conflicto la una con la otra. Así, “este problema no tiene solución si intentamos resolverlo utilizando los instrumentos que nos proporciona la sola razón instrumental o teórica. Por eso han sido sobre todo los místicos quienes han aportado las soluciones más audaces y también las más certeras a todo este complicado asunto.”⁹⁹

Entonces, para presentar al Dios que Jesús nos muestra, creemos que debemos potenciar nuestra capacidad imaginativa sin negar la conceptualidad. Para hacer esto, acudiremos a

⁹⁹ Castillo, José María. *La Humanidad de Dios*. P. 94.

cuatro elementos que nos permitirán evidenciar la anterior afirmación: el afecto, el cuidado del lenguaje, la primacía de la praxis y el llamado a la responsabilidad.

El afecto: si bien es cierto que a Dios nadie lo ha visto, esto no quiere decir que no podamos explorar caminos que nos conduzcan y nos acerquen al misterio. Pero esto lo debemos hacer teniendo claro que nuestra idea o representación de Dios es distinta a lo que Dios es en realidad. De Dios no podemos hablar como de cualquier otro objeto presente en el mundo, pues no es algo que tengamos a la mano, que sea palpable o visible. Por tanto, al hablar de Dios debemos hacerlo con un lenguaje no científico, es decir, que no pretenda abarcarlo ni definirlo completamente. Jesús nos enseña que a Dios no lo contemplamos ni conocemos desde afuera, sino que debemos implicarnos en su dinámica con la totalidad de nuestro ser.

El lenguaje: un punto a tener en cuenta si queremos empezar a cambiar nuestra imagen de Dios es la supresión paulatina, en nuestro vocabulario, de expresiones como: *si Dios quiere, es su voluntad, pídale a Dios, póngalo en manos de Dios, que sea lo que Dios quiera, a la de Dios, Dios proveerá, con el favor de Dios*, entre otras. Estas frases, cuando se repiten de manera inconsciente, van alimentando imágenes de Dios como alguien que hace todo pero desde lejos, desde fuera, como juez, tapa agujeros, recompensador o intervencionista. Por tanto, cuidar nuestro lenguaje nos ayudará a no atribuir a Dios todo lo que sucede en el mundo. Además, dejaremos de ser personas dependientes, que no disponen de su vida ni tienen libertad.

Primacía de la praxis: ¿Qué será entonces lo que Dios quiere de nosotros? Una pregunta que parece simple, pero que no es fácil de responder. Porque la respuesta no depende de una teoría, de conceptos o de especulaciones racionales. Para responder a esta pregunta habrá que situarnos en nuestra praxis y revisar si estamos comportándonos auténtica y libremente, si estamos siguiendo nuestra propia conciencia, si estamos siendo nosotros mismos. Frente a esta imagen de un Dios que nos deja en libertad, lo que tendríamos que preguntarnos es ¿qué tan dispuestos estamos para hacernos cargo y dueños de nosotros mismos?

Llamado a la responsabilidad: Dios nos ha creado libres, responsables, capaces de tomar la propia vida en nuestras manos y hacernos cargo del destino del mundo. Dios no impone nada, antes bien se expone al crear y confiar en las libertades humanas. No obstante, no se desentiende de la realidad ni de la historia. Estuvo, está y seguirá estando presente para animarnos, empujarnos, crearnos desde dentro de nosotros mismos. Recuerdo aquí lo que me compartía alguna vez una amiga a propósito de la muerte de su abuela: Dios no me ha solucionado nada, pero ha hecho mucho. Me he sentido acompañada por Él y me ha dado la fuerza para llevar el dolor y seguir encontrándole sentido a mi vida.

Si presentamos a Dios teniendo en cuenta los anteriores elementos, entonces no lo podemos concebir como un ser todopoderoso, fuerte y triunfante, sino como Aquel que actúa desde los márgenes, desde lo pequeño y lo débil para mostrarnos que la construcción de humanidad no radica en el poder sino en el amor y la solidaridad. Es posible que aquí nos encontremos frente a un Dios fracasado, golpeado, y esta sea una imagen dura de aceptar, pero esas son consecuencias de amar y entregarse completamente y sin condiciones.

Desde nuestra condición inmanente, solo podemos encontrar a Dios en nuestra inmanencia, en lo laico, en lo secular, en lo civil, en lo humano. Y también lo encontramos – esto me parece determinante – en la experiencia simbólica que vivimos en nuestra intimidad, que puede ser la experiencia estética, la experiencia del silencio o la experiencia de la plegaria en cuanto expresión de nuestros anhelos más profundos. La experiencia de los místicos y de tantas personas que, desde la soledad, desde el sufrimiento o desde la correcta relación con los otros, han encontrado sentido a sus vidas, es elocuente en este sentido.¹⁰⁰

La invitación entonces es a mirar a Jesús, el auténtico ser humano y en quien Dios se manifestó de la manera más plena; quien se entregó y amó hasta el final. Mirar sus palabras, sus gestos, sus acciones, y a partir de allí empezar a hacernos una imagen propia de Dios. La imagen del Dios solidario puede ser sugerente, pero no debemos quitar nuestra mirada de Jesús, pues observándolo a él nos encontraremos con muchas comprensiones nuevas de Dios,

¹⁰⁰ Castillo, José María. *La Humanidad de Dios*. P. 116.117.

y esto es interesante porque dependiendo de cómo vayamos intuyendo a Dios, así se irá configurando nuestro modo de creer y de vivir.

¿Qué descubrimos en él? ¿Cómo se lo explicaría a alguien que no lo conociera? ¿Qué categorías utilizaría? Estas y otras preguntas similares nos pueden ayudar a dar una respuesta personal y única, pues cada uno responderá desde aquello que conoce y desde lo que la vida misma le va enseñando. De ahí que puedan salir imágenes provenientes de distintos ámbitos: familiar, natural, social, cultural, entre otros. Lo importante es ir madurando en la fe, ir pasando de un Dios del que algún día alguien nos habló, a un Dios personal. Es decir, ser capaces de ponerle un rostro propio a Dios a partir de los que vamos sintiendo, soñando, deseando, proyectando.

Finalicemos diciendo que, para el cristianismo, es más importante Jesús que Dios. Esto es así, porque es en Jesús que conocemos a Dios y no al revés. Jesús es el rostro concreto y personal de Dios en el mundo. Es a Jesús a quien acogemos, rechazamos, recibimos y escuchamos. Si queremos hablar del Dios que nos ha mostrado Jesús, debemos estar abiertos a las sorpresas. Podemos seguir enumerando imágenes o rostros que nos lleven a adoptar una praxis cristiana liberadora, pero debemos ser conscientes que no se van a agotar. Jesús, por ser el símbolo de Dios, es polisémico. Si tratamos de objetivarlo para entenderlo, lo mataremos. Cada uno deberá interpretarlo desde su contexto, su condición, su sensibilidad, su óptica y su experiencia propia. Dios siempre nos desbordará, podrá sorprendernos de nuevas maneras, seguir enriqueciendo nuestra historia y haciendo madurar nuestra fe.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Nuestra preocupación, recordemos, era el análisis de las imágenes de Dios en la vivencia cristiana. Este análisis lo hemos llevado adelante, en primer lugar, cayendo en la cuenta de la mayor importancia y credibilidad que ha tenido la racionalidad científico-técnica sobre la racionalidad mítico-simbólica, y la necesidad de recuperar la segunda para la teología. En segundo lugar, hemos expuesto algunas de las imágenes de Dios que subyacen y son recurrentes en la sociedad actual, señalando por qué son imágenes distorsionadas que afectan la vida del creyente. Por último, evidenciamos la necesidad de presentar a Jesús, imagen visible de Dios, como superación de las anteriores imágenes. Presentarlo de una manera que nos permitiera comprender no sólo su experiencia de Dios, sino nuestra propia experiencia de la divinidad. De modo que pudiéramos anunciar y comunicar dicha experiencia a otros para que también la puedan tener.

Una vez recorrido el camino propuesto, hemos llegado a las conclusiones que presentamos a continuación:

- El símbolo tiene una importancia fundamental en la espiritualidad y la teología. La manera en que presentamos a Jesús, creemos, nos permitió ir más allá del alcance de la mera razón instrumental y conceptual, con la que logramos únicamente una aprehensión inmediata de la realidad. Por esto, recurrimos al símbolo, y a las imágenes en cuanto símbolos, para lograr establecer una relación con la Trascendencia, puesto que el símbolo es capaz de sugerir, expresar y vehicular la realidad de lo sagrado.
- Es importante distinguir el símbolo del signo, porque la fuerza de aquél radica en que tiene, además de imagen y significado, una dimensión afectiva. El desarrollo mismo de la investigación nos llevó a considerar inicialmente una noción de símbolo, como un instrumento que remite, evoca, sugiere, puesto que una comprensión adecuada de éste nos iba a permitir acercarnos con mayor facilidad nuestro tema. De este modo,

fue bien interesante notar cómo el símbolo no sólo es instrumento de conocimiento, sino que es un instrumento que nos permite expresar y comunicar mejor la experiencia al vincularnos afectivamente con ésta.

- El lenguaje simbólico no es cerrado sino abierto. En este sentido, en el plano de la religión y de la teología, cuando se trata de dar razón de realidades trascendentes que sobrepasan nuestra lógica, se requiere de un lenguaje indirecto, de aproximación, de sugestión y evocación. Esto es, precisamente, lo que nos ofrece el lenguaje simbólico, que al igual que el lenguaje de la revelación, siempre deja abierta la puerta a nuevas interpretaciones y no encasilla ni reduce a Dios a conceptos e ideas fijas.
- El símbolo nos lleva a implicarnos en su propia dinámica. Al recuperar el lenguaje simbólico para la teología, ya no sólo estamos comunicando ideas, sino que empezamos a comunicar experiencia. El símbolo le permite a la teología recuperar el asidero en la vivencia y la fuerza autoimplicativa de la comunicación. Una dinámica fundamental que pareció perderse en el tránsito a la teología especulativa por la influencia de la modernidad que pedía claridad y distinción.
- Cada imagen de Dios tiene consecuencias para la vida. Vimos como necesario considerar las imágenes de Dios recurrentes en nuestra sociedad, su impacto y carácter cristiano, porque de cada una se siguen consecuencias determinantes para la teología, para la iglesia y para la cultura. También, porque hay representaciones de Dios que se desprenden de las situaciones históricas y culturales en las que estamos inscritos.
- Cada imagen es más de lo que representa inmediatamente. Presentamos algunas de dichas imágenes siendo conscientes, por supuesto, que ellas no son lo que pretenden representar, es decir, no son Dios mismo. A partir de dichas imágenes hemos evidenciado cómo las ataduras y los enredos tienen su origen en el corazón humano, en la educación que se ha recibido y transmitido a lo largo de los siglos, en las

imágenes que han derivado de la lectura de la Escritura, la enseñanza y la práctica religiosa, y de la moral cristiana. Esto ha sido un proceso largo en el que también ha influido el medio ambiente cultural.

- Dada la carga que contienen, no es fácil cambiar nuestras imágenes de Dios. Ellas están asociadas a nuestra manera de entender la realidad y la vida. Asumir una nueva imagen implica, casi siempre, tener que cambiar nuestra comprensión del mundo, nuestro modo de vivir. Por eso se presentan resistencias, porque todo proceso reconciliador pasa por la experiencia del dolor: dejar lo anterior, y lo que allí hay de seguridad, para iniciar algo nuevo y lo que ello tiene de incertidumbre.
- Cambiar la imagen de Dios, cambia nuestro estilo de vida. Pero, este cambio no se da porque los seres humanos, a fuerza de pensar e investigar, lleguen al conocimiento y comprensión de quién y cómo es Dios. Hablar de imágenes de Dios reúne no sólo ideas, sino representaciones, vivencias, sentimientos, imaginación. Todo ello está en relación con nuestro mundo interior, con nuestro espíritu. Debemos aprender a descubrir que Dios tiene que ver con todo lo que nos rodea, que no está afuera sino adentro de la realidad. Ella es la ventana abierta hacia la divinidad, pues es en la realidad misma en donde suceden las historias que nos hablan de otra Historia, de otra Vida.
- “Dios es Jesús”: en términos cristianos, a Dios lo encontramos en Jesús, en sus palabras, en sus obras, en su manera de comportarse. La invitación que hacemos es, entonces, mirar a Jesús, el auténtico ser humano y en quien Dios se manifestó de la manera más plena; quien se entregó y amó hasta el final. Mirándolo a él nos encontraremos con muchas comprensiones nuevas de Dios. El encuentro con Jesús, imagen del Dios invisible, ayudará al creyente a tener su propia experiencia de Dios.
- Es preciso potenciar nuestra capacidad imaginativa en el anuncio de la experiencia. Hablar de Dios utilizando solamente el recurso del lenguaje científico-técnico, nos

deja la sensación de estar hablando de un modo frío, lejano, limitado, cerrado o definido. La imaginación, en cambio, añade otros elementos (afecto, lenguaje, praxis, responsabilidad) que nos permiten vincularnos, identificarnos y relacionarnos de un modo mucho más cercano con la Trascendencia.

En síntesis, lo realizado a lo largo de las líneas anteriores nos ha permitido caer en la cuenta de la necesidad de recuperar lo simbólico para la comprensión, el anuncio y la comunicación de la experiencia de Dios. De igual forma, se evidencia la necesidad de una crítica cristiana de las imágenes de Dios presentes en la cristiandad. Afirmar, de nuevo, que el centro del cristianismo no es Dios sino Jesús, la imagen visible del Dios invisible. Y, finalmente, que la manera de presentar a Jesús no va en la línea de la objetivación, sino de la potenciación de nuestra capacidad imaginativa a partir de nuestro contexto, sensibilidad y experiencia propia.

BIBLIOGRAFÍA

Alicante García, Francisco Javier. *El símbolo: Una herramienta educativa en la comunidad terapéutica Manuene*. (Barcelona: CGCEES, 2014), <http://www.eduso.net/res/pdf/19/Elsimbolo.pdf> (consultado el 14 de agosto de 2015).

Castillo, José María. *Dios y nuestra felicidad*. Bilbao, España: Desclée de Brouwer, 2006.

Castillo, José María. *La Humanidad de Dios*. Madrid: Trotta, 2012.

Castillo, José María. *La Humanización de Dios. Ensayo de Cristología*. Madrid: Trotta, 2009.

Chevalier, Emile Jean. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder, 1986.

Dulles, Avery. *El Oficio de la Teología. Del símbolo al sistema*. Barcelona: Herder, 2003.

Eliade, Mircea. *Imágenes y Símbolos. Ensayos sobre el simbolismo mágico religioso*. Madrid: Taurus, 1979.

Fernández Ramos, Felipe (dir.). *Diccionario del mundo Joánico*. Burgos, España: Monte Carmelo, 2004.

García Márquez, Gabriel (pról.). *Clave diccionario de uso del español actual*. Madrid: SM, 1999.

GMH. ¡BASTA YA! Colombia: Memorias de Guerra y Dignidad. Bogotá: Imprenta Nacional, 2013.

Gómez de Silva, Guido. *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.

González, Antonio. *Teología de la praxis evangélica. Ensayo de una Teología Fundamental*. Santander, España: Sal Terrae, 1999.

Jung, Carl. G. *El hombre y sus símbolos*. Barcelona: Paidós, 1995.

Lizarazo Arias, Diego. “El poder simbólico de las imágenes.” En *Anuario de Investigación 2002 Vol I*, por Felipe Gálvez Cancino, 371-383. México DF: UAM-X, CSH, Depto. de Educación y Comunicación, 2003.

Mardones, José María. *La Vida del Símbolo. La dimensión simbólica de la religión*. Santander, España: Sal Terrae, 2003.

Mardones, José María. *Matar a nuestros dioses*. Madrid: PPC Editorial y Distribuidora, 2013.

Metz, Johannes Baptist. *La Fe, en la historia y la sociedad. Esbozo de una teología política fundamental para nuestro tiempo*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1979.

Moliner, María. *Diccionario de uso del español*. Tomo II. Madrid: Editorial Gredos, 1998.

Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Espasa-Calpe, 2001.

Reyes Fonseca, José Orlando. “La Racionalidad Sapiencial en el Estatuto del Conocimiento Teológico.” Tesis para la Obtención de Doctorado, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2015.

Ricoeur, Paul. *Freud: Una Interpretación de la Cultura*. (México: Siglo XXI editores, 1990), http://www.olimon.org/uan/ricoeur-freud_cultura.pdf (consultado el 14 de agosto de 2015).

Sola-Morales, Salomé. “Hacia una epistemología del concepto de símbolo.” *Revista de Epistemología de Ciencias Sociales Cinta de Moebio* 49 (2014): 11-21.

Tamayo-Acosta, Juan José. *Nuevo Paradigma Teológico*. Madrid: Trotta, 2004.

Teilhard de Chardin, Pierre. *El Medio Divino. Ensayo de vida interior*. Madrid: Alianza Editorial, S.A., 1984.